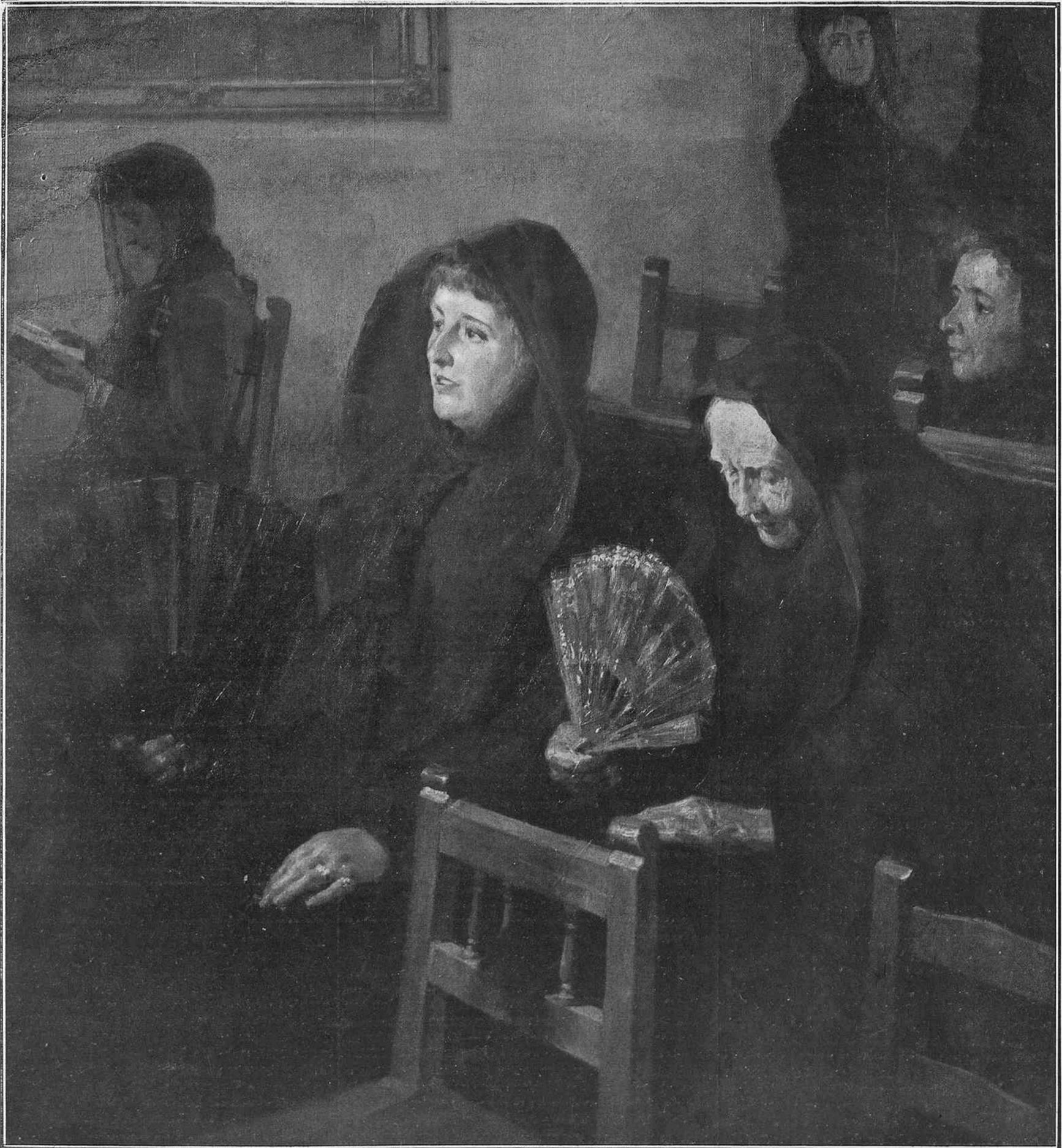


La Ilustración Artística

Año XXVIII

← BARCELONA 3 DE MAYO DE 1909 →

Núm. 1.427



EN EL TEMPLO, cuadro de José Benlliure. (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El deseo*, por Luis Cánovas. — *El eminente pintor José Benlliure y algunas de sus últimas obras.* — *Viaje del presidente de la República francesa a Niza.* — *Revolución en Turquía.* — *Destitución de Abdul Hamid y proclamación de Rechad Effendi.* — *Problema de ajedrez.* — *Ladrón de amor*, novela ilustrada (continuación). — *Criaderos de tortugas*, por H. J. Shepstone.

Grabados. — *En el templo*, cuadro de José Benlliure. — Dibujo que ilustra el artículo *El deseo*. — *José Benlliure.* — *En el sermón.* — *Retrato*, cuadros de J. Benlliure. — *El Japón y sus jardines.* — *Monumento a Gambetta*, obra del escultor L. Maubert, y *Vista de la tribuna oficial de su inauguración.* — *La señora de Leris-Gambetta y su hijo.* — *Rechad Effendi.* — *Abul Hamid.* — *Husni Bajá.* — *Tewfik Bajá.* — *Hazim Bajá.* — *Ahmed Riza.* — *Infantería turca en marcha.* — *Don Quijote y Sancho Panza.* — *Los mismos después de la aventura de los yanguiseros*, cuadros de José Moreno Carbonero. — *Mistral y el cincuentenario de la publicación de «Mireya».* — *El cardenal D. Gregorio M^a Aguirre.* — *D. Ricardo de la Vega.* — *El ex presidente de Venezuela Castro desembarcando en Saint-Nazaire.* — *Criaderos de tortugas* (colección de cinco grabados). — *París. La Confederación General del Trabajo rotando la huelga general para el 1.º de mayo.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Esta es la estación de los ingleses trashumantes. Vienen en nubes, y caen en hoteles y tiendas de anticuarios como lluvia, no diré sólo de libras, pero de chelines, peniques y menuda moneda.

¡Las tiendas de anticuarios! Hay en Madrid infinitas, unas ocultas en pisos altos, otras con su mostrador á la vista. La calle del Prado cuenta ocho ó diez, ó contaba hace días, pues estos prenderos, á lo mejor, liquidan y desaparecen.

En otras épocas, se encontraban en estas tiendas de chamarileros soberbios objetos de arte. Unas veces no conocían los mismos vendedores el valor de lo que vendían, otras andaban mejor enterados, pero siempre cabía esperar la ganga, el golpe de fortuna, el hallazgo. Hoy, realmente, sólo queda polvo de las grandezas de ayer.

Por las tiendas de los anticuarios de Madrid han pasado los Grecos auténticos, los Goyas innegables, los clásicos López, los Breughel visionarios, los deliciosos Teniers, despojo de viviendas históricas que se arruinaron por la prodigalidad ó la desdicha de sus representantes. ¡Qué de magnificencias no salieron de la casa ducal de Osuna! ¡Cuántas grandezas hemos visto vender, sin que ni una mano piadosa borrara al menos los blasones que delataban su origen!

Los anticuarios, desde mediados del siglo pasado, cayeron, á manera de langosta, sobre los pueblos de Castilla, Aragón, Valencia y Andalucía. Metiéndose en los viejos caserones y en las iglesias parroquiales y monasterios; aprovechándose de la ignorancia ó de la apremiante necesidad; engañando descaradamente acerca del valor de las cosas y muchas veces engañándose también ellos mismos, *clavándose*, es la palabra, por no poseer cultura suficiente ó porque de todas maneras hacían un buen negocio—negocio de mil por cien,—fueron privando á los edificios hasta de sus rejas y sus clavos, á los templos de sus retablos é imágenes, á las casas infanzonas de su mobiliario venerable, y á España de una de sus mayores bellezas. Pena y vergüenza causa este despojo inicuo, realizado sistemáticamente, y en comparación del cual nada ha sido la invasión extranjera, y nada acaso la desamortización, con todos sus estragos. La desamortización no sacó de España los tesoros, pero desmanteló la ciudadela de nuestro arte, para que los merodeadores pudiesen saquearla. Lo increíble es que aún existan en España tantas maravillas en los pueblos y las viejas ciudades, pues no debía quedar ni rastro.

Entre lo que se llevaron los de Napoleón; lo que se robó á la sombra de los desamortizadores; lo que arrebataron los anticuarios y viajeros; lo que el clero enajenó, voluntaria é indebidamente; lo que arrasó el vandalismo del Estado, el vandalismo de las guerras civiles, el vandalismo municipal, el vandalismo de los colegios y academias establecidos en monumentos incomparables, y que los abrasaron en cenizas, no se concibe cómo algo se ha salvado del naufragio. ¡Mucho habría, para que pueda aún ser España relicario curioso y afligranado! ¡Qué de joyas perdidas! ¡Qué de recuerdos borrados, qué de preciosos auxiliares para la historia, si se conservasen!

La España destruida ó robada debió de ser la más espléndida. El que roba no coge lo peor, y para cerciorarse de que es así, basta girar una visita á los Museos del extranjero, donde han venido á refluir tantas preciosidades españolas. Y no hablemos de las colecciones particulares, de las casas y palacios para cuyo ornato fueron desnudadas las iglesias, de las vitrinas que encierran lo que en otros días era tesoro en las catedrales.

Cuando encontramos á esos hijos de la gran Bretaña, con sus trajes á enormes cuadros de abigarrados tonos, sus sombreros de casco, sus fachas heteróclitas y desgarradas, pero rollizas y limpias, y les vemos asaltar las tiendas de los chamarileros, para llevarse lo poco que va quedándonos, para revolver entre los residuos, como espigadores, tenemos la sensación del que nota que le quitan del bolsillo el pañuelo... A la verdad, ya nos lo habían quitado, pero dijérase que no lo notamos hasta que la idea del despojo se encarna y materializa en los flemáticos insulares... Mientras permanecen en el escaparate del anticuario la pieza de plata ó el santo de talla, dijérase que aún son nuestros... ¡Ah, el tradicional «inglés» que todo lo feria y carga con todo!

Sitio divertido, y uno de aquellos en que más se observa la realidad, es la casa del anticuario, donde parece que la historia se ha remansado y ha detenido sus espumas y sus corrientes. Pintoresca mezcla de armas, libros, efigies, joyas y objetos de arte, habla de las grandes direcciones que han dominado nuestro ayer; la dirección belicosa, la científica, la mística, la galante, la estética. En ningún comercio se vendé tanta cantidad de alma humana como en el de antigüedades. Cada trasto encierra sentimiento ó pensamiento, evoca novela, epopeya, drama.

Por ejemplo, los retratos. ¿Conocéis algo tan sugestivo como un retrato viejo? Yo me quedo embelada mirándolos. Especialmente si son de mujeres ó de niños. Hay retratos de niños que esgrimen un sonajero, que asen la cinta atada á la patita de un pájaro, que elevan triunfalmente una manzana ó una naranja, ó que, sentados en el regazo de su madre, juegan con el collar que la adorna, ó arrugan, sonriendo maliciosos, los encajes de su escote... Pienso siempre que estos niños traviosos é inocentes, de hoyuelos clodionescos, de ojos bañados en el dulce fluido de la vida que nace, son, desde hace tanto tiempo, una calavera monda, cuatro huesos blancos, ó algo peor: la momia, seca como esparto, deshinchada como yesca, que se pulveriza allá en el silencio de una olvidada sepultura... y el retrato gana para mí en enigmático interés. De aquella niñez encantadora; de aquella alegría conservada por el pincel, he aquí lo único que resta; lo único que conocemos: la momia ó el hueso mondo. ¿Y qué habrá sido, en el mundo de los vivos, el niño cuya imagen contemplamos ahora? ¿Qué dolores, qué pasiones, qué triunfos, qué derrotas habrá sufrido en el curso de su existir? ¿Habrá llegado siquiera á vivir el tiempo normal, ó más bien, poco después de colgado en la sala este retrato que encargó el amor materno, el niño, alegría y orgullo de un hogar, cayó, tempranamente besado por la que no perdona?

¿Pues y las mujeres? ¡Qué de poesía en sus retratos! ¡Qué de melancolía en la belleza pasada! Cuando vemos á una vieja que conserva rastros de ajada hermosura, notamos el estrago del tiempo, y dudamos de la beldad. En el retrato, lo que los años ultrajaron se nos aparece en todo su esplendor, en su momento culminante. La mujer, pobre ó rica, ilustre ó vulgar, escoge para retratarse su mejor hora y sus galas predilectas; estudia lo que la realza, y procura aparecer atractiva, seductora. Aun en los retratos de mujeres muy maduras encontraréis este rasgo: sea en el peinado, sea en el vestido, observaréis que se quiso dejar á los venideros una imagen grata. Hay una sonrisa ó una tristeza divinas, que existen más en los retratos que en las mismas mujeres. El retrato tiene algo de misterioso, de profundo, que no tuvo acaso el original.

Las manos de los retratos también son poemas. Generalmente, los pintores embellecen la mano de la mujer, ese vivo marfil sobre el cual cayeron como pétalos de rosa las nacarinas uñas. En muchos retratos antiguos, de la época de los Austrias, se observa que las manos no son copiadas del natural, aunque lo sean escrupulosamente los rostros y la vestimenta. Para las manos hay un modelo uniforme, y así se explica que, por ejemplo, en el célebre grupo de Van Dick con su protector y la bella esposa de éste—más protectora si cabe,—todas las manos son idénticas, igualmente luengas, afiladas, de dedos prolongados, pálidos, manos altamente aristocráticas, porque sin duda se tenía entonces á mengua el que la mano no revelase el nacimiento y el desdén hacia toda labor manual.

Mucho dan en qué pensar tales manos, tales semblantes como en los retratos se ven. Desaparece la noción del tiempo que ha pasado, y sentimos la persistencia de la vida humana, la identidad de nuestro espíritu con los espíritus que fueron. Las penas y las esperanzas, los sueños y las decepciones que se revelan en esas caras de otro tiempo, ¿no son las mismas, exactamente las mismas, que se asoman á una faz de hoy?

Recuérdanme los retratos antiguos lo que me decía en Roma el malogrado Luis Llanos, mi inolvidable *cicerone gratis*. Enseñándome los bustos de los emperadores, de las emperatrices, exclamaba: «¿Ve usted? Son hombres y mujeres de ahora. Modifique usted un poco la indumentaria... y ese gesto lo hemos visto ayer, en un teatro, en un casino, en un baile... Agripina Junior, es usted misma... Adriano, es...» Y me nombraba á un político de cuenta. «La diva Faustina, es...» Y citaba á una dama cuya semejanza, no tanto de rasgos, como de expresión, con la *divina*, tenía mucho de sorprendente. Id á cualquier Museo que guarde imágenes de personajes históricos, y observaréis que, por la calle, os salen al encuentro, con ropajes de ahora, los tipos de entonces. Para mí no hay cosa más peregrina que esta reaparición de la humanidad que ya no existe. Y cuando se trate de alguien que conserva los retratos de sus ascendientes, el fenómeno es evidente, claro. No todo lo destruye la muerte. El abuelo, el padre, el remoto tatarabuelo, reviven en su descendencia. ¿Quién no ha observado la reproducción, en el rey Alfonso XIII, de muchos de sus antepasados? Hay en él Austrias, Borbones, Lorenas, y según las edades de su todavía muy corta vida, se marca el parecido extraordinario con unos ó con otros de los grandes retratos de Velázquez, Goya, Coello y Moro. Si todo el mundo conservase, como la conservan los reyes, la serie de retratos de familia, vería en sí mismo á los que le precedieron, misteriosos eslabones de la irrompible cadena que nos une con el ayer, que nos sume en el océano de lo pasado, del cual no tenemos conciencia alguna...

En las casas de los anticuarios, el polvo del pasado se anima, las sombras disipadas vuelven á tomar cuerpo. Allí la vieja ejecutoria pregona decadencias y dolorosas transacciones con la pobreza, que hace vender hasta la sangre... Cuando vemos esos pergaminos enriquecidos con viñetas y capitales de oro, azur, gules y argén, ó leemos las enamoradas dedicatorias al reverso de las miniaturas, sentimos lo deleznable de todo, mucho más que en un cementerio. En el cementerio sólo está probada la nulidad de la materia; pero los restos de vida sentimental esparcidos por las casas de anticuarios gritan la nada del sentimiento y del espíritu. Tampoco eso resiste al tiempo y á las vicisitudes. Tampoco lo que fingió eterno el cariño fué más que flor de un día...

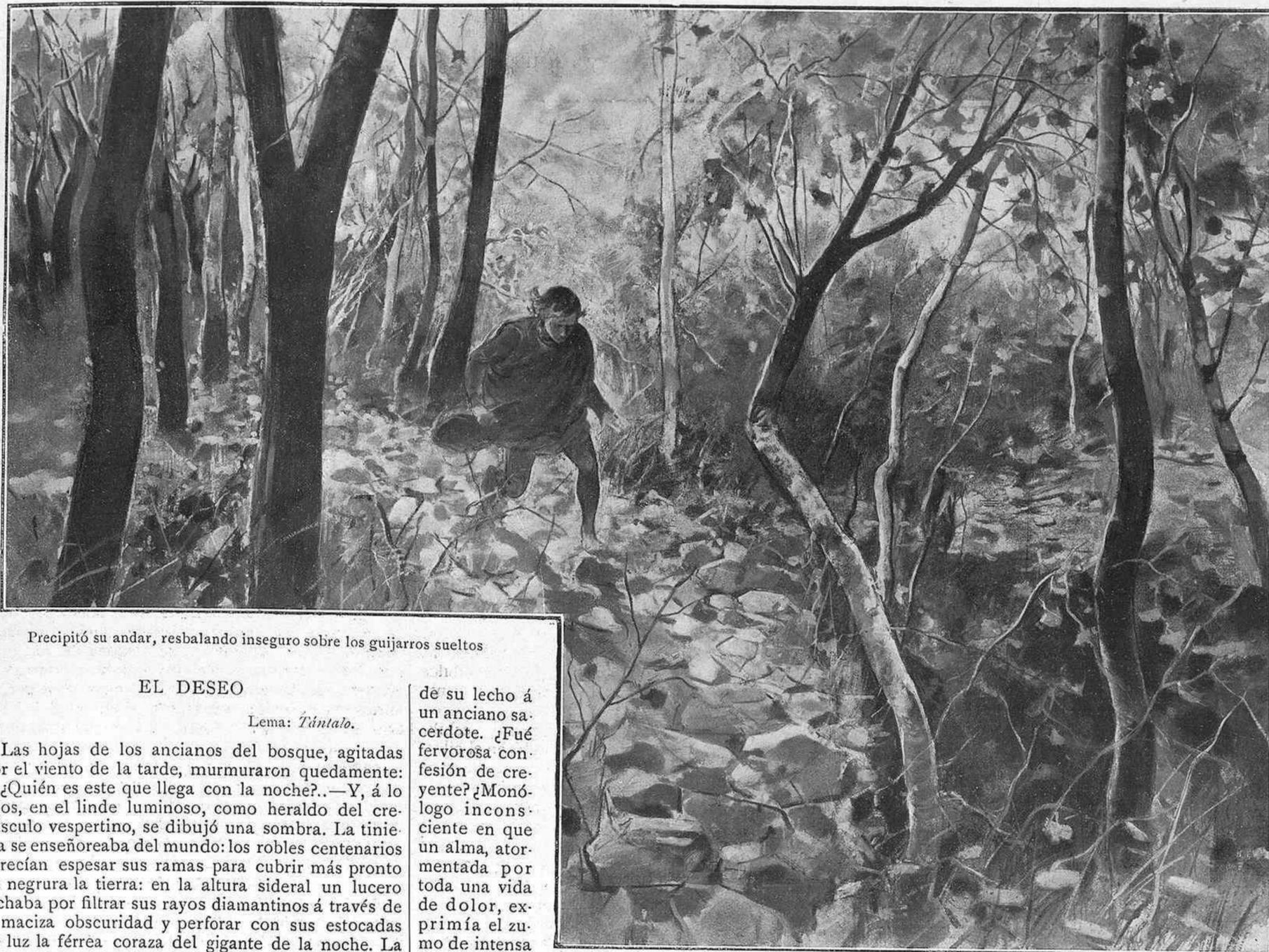
En cierta ocasión adquirí un Niño Dios, muy gracioso, en el Rastro (todavía en el Rastro aparecía á la sazón, de tiempo en tiempo, una antigualla bonita). Al registrarlo para limpiar la cera y la suciedad que manchaban su peana, vi un papel amarillado, adherido al zócalo, que, en la menuda y clara letra del siglo XVIII, rezaba: «Santo Niño, protector del Convento.» Compasión infinita inundó mi corazón, ante el letrado lleno de ingenuidad. ¿Qué convento sería ese, á quien el Niño protegía? ¿Por qué azares de la suerte, por qué catástrofes acaso, las monjitas se habían visto privadas de su protector? ¿Era que los franceses habían pegado fuego al monasterio, después de profanar y degollar? ¿Sería que el convento, en alguna ciudad de las que sienten la necesidad de ensancharse, estorbaba para abrir una vía ó franquear una plazuela, y lo derribó el golpe de la piqueta, que ha alfombrado nuestro suelo de ruinas? ¿Sería que la Comunidad se hubiese extinguido, por falta de novicias, y que, al morir la última y centenaria monja, una mano sacrilega arrebató de su cacería al Niño? ¿Sería que un día de miseria, de necesidad angustiosa—como la que obliga á las Capuchinas de mi pueblo á tocar la campana pidiendo auxilio,—hubo que acudir, supremo recurso, á deshacerse del pequeño y adorado numen tutelar?

Todo cabe, y todo se vislumbra, detrás del rótulo indescriptiblemente saudosos: «Santo Niño, protector del Convento...»

Y de aquí se desprende que lo más hermoso del arte son los pedazos de alma que arrastra en su corriente agitada por la pasión y el dolor. Las tiendas de anticuarios se prestan á la meditación y la sugieren con más fuerza que un tomo de historia. No es necesario que el objeto contemplado sea de una belleza extraordinaria para que haga pensar. Hay cachivaches sin valor estético, que lo tienen muy grande desde este punto de vista psicológico. Una tela, un broche, un plato blasonado, un sello, algo de uso íntimo, bastan para tema de estos estudios y estos vuelos de la fantasía...

Me acuerdo de haber visto una sortija que, en su interior, llevaba una leyenda: «¡Para siempre!..» La más ambiciosa de las divisas venía á probar la instabilidad de las cosas. Aquella alhajueta era un pedazo de corazón... arrancado y momificado, como el del caballero Durandarte.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



Precipitó su andar, resbalando inseguro sobre los guijarros sueltos

EL DESEO

Lema: *Tántalo.*

Las hojas de los ancianos del bosque, agitadas por el viento de la tarde, murmuraron quedamente: —¿Quién es este que llega con la noche?..—Y, á lo lejos, en el linde luminoso, como heraldo del crepúsculo vespertino, se dibujó una sombra. La tiniebla se enseñoreaba del mundo: los robles centenarios parecían espesar sus ramas para cubrir más pronto de negrura la tierra: en la altura sideral un lucero luchaba por filtrar sus rayos diamantinos á través de la maciza obscuridad y perforar con sus estocadas de luz la férrea coraza del gigante de la noche. La sombra que avanzaba traspuso el linde y se absorbió en el seno, ya sin luz, del bosque. Sus pasos pulverizaron la alfombra de hojas secas y su fatigoso alentar semejó al de bestia acosada por la jauría.

Los menudos guijarros de la vertiente, rodando y empujándose cuesta abajo, silabearon con frase entrecortada: —¿Quién es este que viene con el día?..— Y en la cúspide de la colina, bañada por la claridad del día cercano, aún fluctuante é indecisa, apareció la silueta imprecisa y vaga del misterioso viajero. La noche huía: despertaba la naturaleza con rumor de arroyos, trinar de aves, zumbar de abejas, cantos de labriegos, rechinar de yuntas, voces lejanas y broncíneas de misas de alba, alertas de gallos matutinos. El viajero, como si huýese del rayo de sol que había enviado su primer beso á la cima del altozano, precipitó su andar hacia la falda, resbalando inseguro sobre los guijarros sueltos.

Los impalpables granos de las arenas de la playa, reseco por el ardiente mediodía estival, al recibir la fresca caricia de una lengua de agua que avanzó algo más tierra adentro, susurraron medrosos: —¿Quién es este que aparece vestido de luz?..— Y de jando en la faja arenosa más besada por las olas las huellas, presto borradas, de sus pasos, caminando hacia Occidente, envuelto en la lumbre solar como en una niebla luminosa, vióse avanzar un hombre. Era joven y fuerte, y parecía débil y anciano; sus ojos lucientes como estrellas, cerrábanse buscando la eterna sombra; sus labios rojos, hechos para besos de placer, exhalaban suspiros de dolor; el sol le aprisionaba entre sus candentes rayos nimbando la sudorosa frente, coloreada por el furioso martilleo de la sangre que acudía en oleada ascendente y golpeaba las sienas vaticinando la congestión... Por fin, un ósculo más vivo, una caricia más intensa del sol le inundó, y desfalleció, experimentando la sensación extraña de que el cerebro se le llenaba de una luz repentina y vivísima, el viajero se desplomó sobre la arena mojada y quedó allí inerte, como cadáver de naufrago arrojado á la orilla por mar inhospitalario...

Pescadores vecinos recogieronle en su choza. La muerte había puesto en sus pálidos labios el sello de su beso de amante. La cristiana piedad de aquellas pobres gentes que le albergaban puso á la cabecera

de su lecho á un anciano sacerdote. ¿Fue fervorosa confesión de creyente? ¿Monólogo inconsciente en que un alma, atormentada por toda una vida de dolor, exprimía el zumo de intensa amargura de su perdurable pena? ¿Alucinación, arrepentimiento, vesania, llamamiento humilde en el tribunal de la penitencia á la divina misericordia?.. El viajero moribundo hablaba, hablaba sin tregua ni descanso.

—«... Sí, sí. Su maldición, su anatema me persigue, me acosa, me martiriza, me anonada. Aún oigo su voz, un tiempo amante, entonces colérica, ronca, con el afonismo de la ira, escupiéndome su despecho y su odio en funesto vaticinio. Y yo fui el culpable. Yo que desprecié el don de su espíritu de ángel y de su cuerpo de diosa que, impulsada por la pasión, liberalmente me ofrecía. Yo que pisoteé, con desdén de bestia que huella las flores y busca la hierba que sacia su vulgar apetito, su amor de mujer fragante y perfumado como rosa recién abierta, como violeta escondida, como magnolia soberbia que abre en lo más alto del árbol la copa de sus aromas. Todas sus ansias, todos sus anhelos, todos sus afanes estaban sumados, hechos carne en mí: mi cariño era el pensamiento de sus días, el sueño de sus noches, el deseo que devoraba sus entrañas. Yo opuse frialdades y durezas marmóreas á sus tiernas solicitudes, desprecios y burlas á sus amorosos requerimientos; amasé con mis desdenes la levadura de su amor lastimado y su odio naciente, y un día... ¡ah! ¡recuerdo que se clava en mi cerebro como acerada punta extraída roja del horno!.., un día se irguió ante mí como pitonisa poseída por el Dios, como sibila acometida del éxtasis profético, como sacerdotisa inspirada por el numen, y solemne, hierática, fatídica, dijo:

—»Has sido mi único amor, mi único deseo. No has querido apagar la sed de besos que veías en mis labios, la sed de miradas que leías en mis ojos, la sed de caricias que te mostraban mis entreabiertos brazos... ¡Maldito seas ahora y siempre! ¡Que el deseo, nunca satisfecho, te persiga, te acose, te atormente sin tregua! A la puerta de Ashavero, Cristo exangüe, calenturiento, moribundo, pronunció el terrible anatema que trocó al despiadado hebreo en el eterno viandante, el perpetuo huésped de los caminos de la tierra. Tú, desamorado como él, me has negado el agua de tu cariño: yo, justiciera como el Cristo, pronuncio igual sentencia, arrojo sobre ti el mismo castigo, le digo á tu deseo... —anda por siempre»

pre, anda, anda... Jamás apagado, siempre insaciable, anda por los senderos de la dicha, por las veredas del dolor, por los caminos de la incertidumbre, por los abismos de la duda, por las cimas de la gloria, por los jardines del placer, anda, anda... Vean tu paso las cumbres del poder y los valles de la miseria, las alturas de la justicia y los precipicios de la culpa, anda, anda... Recorre el mundo todo en busca de esa fuente de aguas claras, dulces, cristalinas que han de apagar la sed de tu deseo... Sean tus pisadas red espesa que envuelva, como las de Ashavero, al planeta y, hasta tu último instante, tú, como tu deseo, anda por siempre, anda, anda...

»Y esa es, desde entonces, mi vida. Un ansia constante, un caminar perpetuo, un peregrinar sin descanso. Mis huellas han sellado la tierra de todas las naciones, hanse impreso en el polvo de todos los pueblos. Pero este inquieto ambular no es sino el símbolo, la visión externa del eterno viaje espiritual de mi deseo. La maldición me empuja, y mi anhelar, nunca saciado, jamás en reposo, anda, anda... Yo soy el fantasma de los juguetes del niño, acogidos con sonrisa de gozo y destrozados con mueca de prematuro hastío; el ensueño de los antojos del mozo, tan presto nacidos, en un momento de pasión, como muertos, en un minuto de tedio; la imagen de las ambiciones del hombre, tangibles á lo lejos, como realidades ciertas, impalpables al asirlas, como nieblas incorpóreas... Mi deseo, el deseo humano, es el judío errante de la tradición mesiánica. Cristo á Ashavero, en medio de la amarga vía, fulminó el castigo perdurable: ella á mí, destilando hieles su boca, anunció el inacabable suplicio. Él y yo somos la encarnación del deseo del hombre que, cumpliendo divino anatema, anda..., anda...»

El anciano sacerdote oyó en silencio la extraña confesión. Cual si con ella hubiese cobrado fuerzas, el misterioso viajero se arrojó del lecho y huyó de la mísera choza que le albergaba. Nadie fué osado á detenerle. Y otra vez, y otra, y ciento, volvió el bosque á verle llegar con la noche, y la colina con el día, y la playa aparecer vestido de luz solar.

LUIS CÁNOVAS.

EL EMINENTE PINTOR JOSÉ BENLLIURE

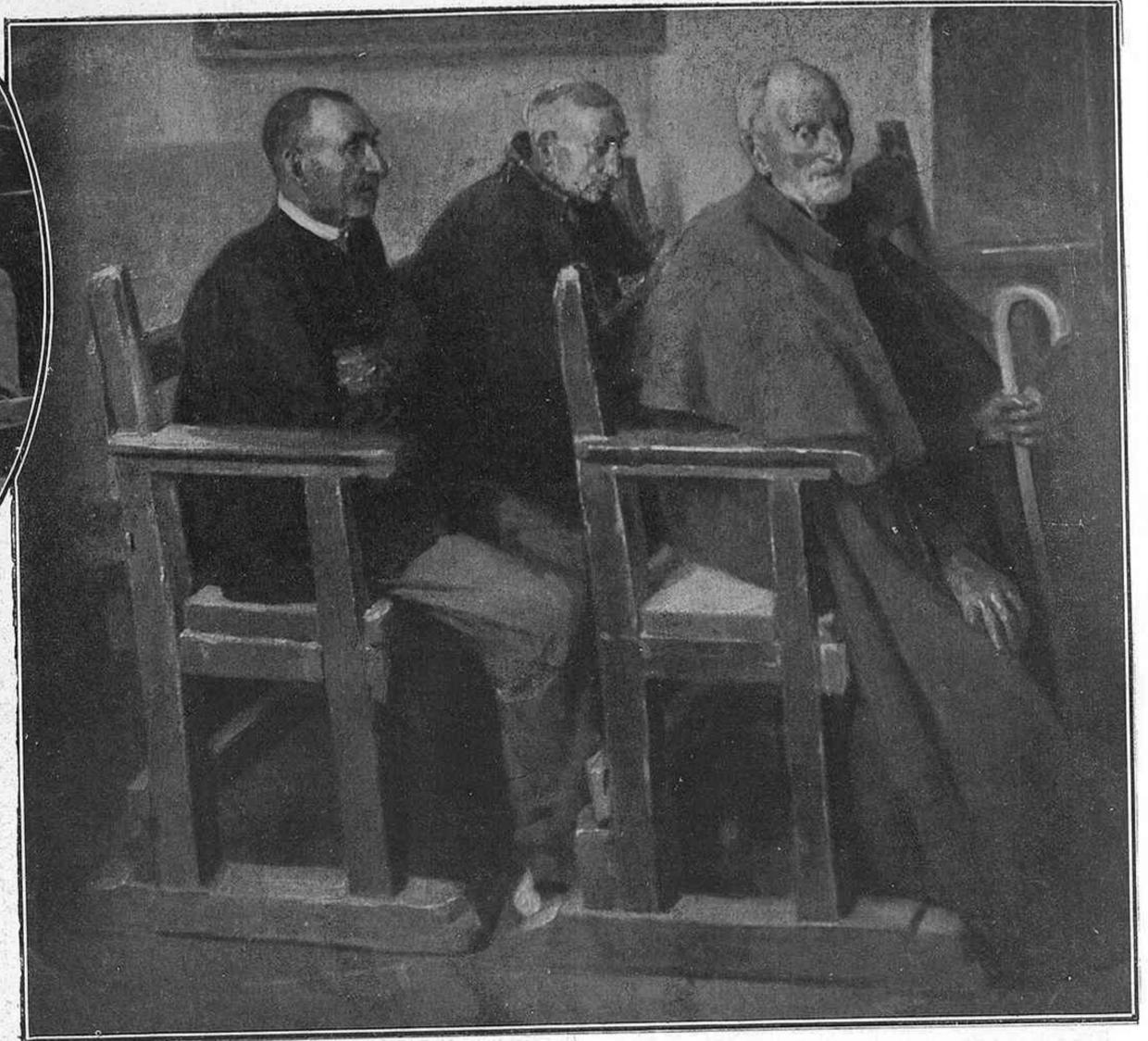
y algunas de sus últimas obras



El eminente pintor español José Benlliure en su taller de Roma

Si la importante labor realizada por José Benlliure no acreditara sobradamente sus excelentes cualidades como artista de indiscutibles merecimientos, su gestión como director de la Academia española en Roma demostraría el acierto que presidió á su nombramiento y sus especiales condiciones. El general aplauso tributado á los pensionados con motivo de la exposición de sus obras, si bien ha de estimarse como prueba de las estimables aptitudes que poseen, justo es también conceder á nuestro amigo una participación en esos triunfos, ya que han de haber producido sus naturales frutos las enseñanzas é indicaciones de quien dirige un instituto artístico de tal importancia.

Y así ha debido ocurrir, dados los antecedentes del distinguido pintor valenciano, cuyo nombre sig-



En el sermón, cuadro de José Benlliure

nifica una dinastía de artistas que hace años contribuyen al engrandecimiento del arte español. Para conocer á José Benlliure, para apreciar su inteligencia y su temperamento, preciso es recordar aquellas grandiosas y celebradas composiciones *Visión del Coloseo* y *El valle de Josafat*, que le valieron señalados triunfos y fueron ensalzadas por la crítica, reproduciéndolas las revistas ilustradas de todo el mundo. Las dos obras bastan por sí solas para afirmar la reputación de un artista.

Felizmente prosigue el artista la senda que emprendiera, y en los diversos géneros que cultiva continúa ofreciendo motivo para que se le tributen nuevos testimonios de consideración. Recuerden nuestros lectores la sentida obra que con el título de *Oración* publicamos hace algunos meses y examinen las tres que hoy reproducimos. En unas y otras manifiéstase la elevación del concepto en que se inspira, el delicado sentimiento que las avalora y la maestría de la ejecución. De ahí la acogida que se dispensa á sus producciones y el interés que despiertan entre los aficionados é inteligentes.

Nosotros, que tenemos la suerte de contarnos en el número de sus amigos, celebramos su acertada dirección en la Academia de Roma y aplaudimos su obra, aprovechando esta ocasión para expresar una vez más el testimonio de nuestra simpatía y consideración.

(Fotografías de Carlos Abeniacar.)

EL JAPÓN Y SUS JARDINES

(Véase la lámina de la página siguiente.)

Sólo cuando se ha tenido ocasión de observar el modo y forma como entienden los japoneses el cultivo de las plantas, el cuidado de sus jardines y el arreglo de las flores, es cuando puede darse cuenta de la falta de razonamiento de los europeos en la aplicación de aquéllas como elemento decorativo, revelando conceptos de verdadera vulgaridad. En la floricultura, como en el arte, impera todavía la clásica simetría, y los occidentales entienden que el mejor medio para lograr que las flores aumenten su belleza es el de reunir las, amazacotarlas, estrechándolas unas con otras para formar ramos, sin paramientos que cometen un atentado al buen gusto y una ofensa al sentimiento del color. En cambio, los japoneses eligen una sola rama, colocándola en un jarrón, de manera que por el tono de sus flores, por su inclinación, completan el decorado en armonía con otros pormenores que producen un hermoso conjunto, respondiendo á las reglas de la producción, agradables y simpáticas para quienes, como ellos, siéntense saturados de ese sentimiento artístico que los enaltece.

Iguales observaciones pueden hacerse al comparar un jardín europeo con otro japonés. No figuran en este último ese amasijo de parterres aparejados, monótonos por la regularidad de su trazado y por las plantas que contienen; persiguen otro propósito, cual es la representación de paisajes con los accidentes que la naturaleza ofrece, ajustándose á las dimensiones del terreno de que puede disponerse, con pequeños lagos y riachuelos, colinas, bosquecillos y cuanto pueda evocar el recuerdo de ese país querido y sonriente en donde el *kei* florece para prestar inspiración á los artistas y á los poetas.

Para apreciar el interés que los japoneses dedican á las plantas, bastará citar la fiesta anual de los crisantemos, la más importante de cuantas celebran, en la que la emperatriz ejerce de sacerdotisa ó semidiosa en los encantadores jardines de Harunomiya.— G.



Retrato pintado por José Benlliure

EL JAPÓN Y SUS JARDINES. (De fotografías de Felipe Hutin.)



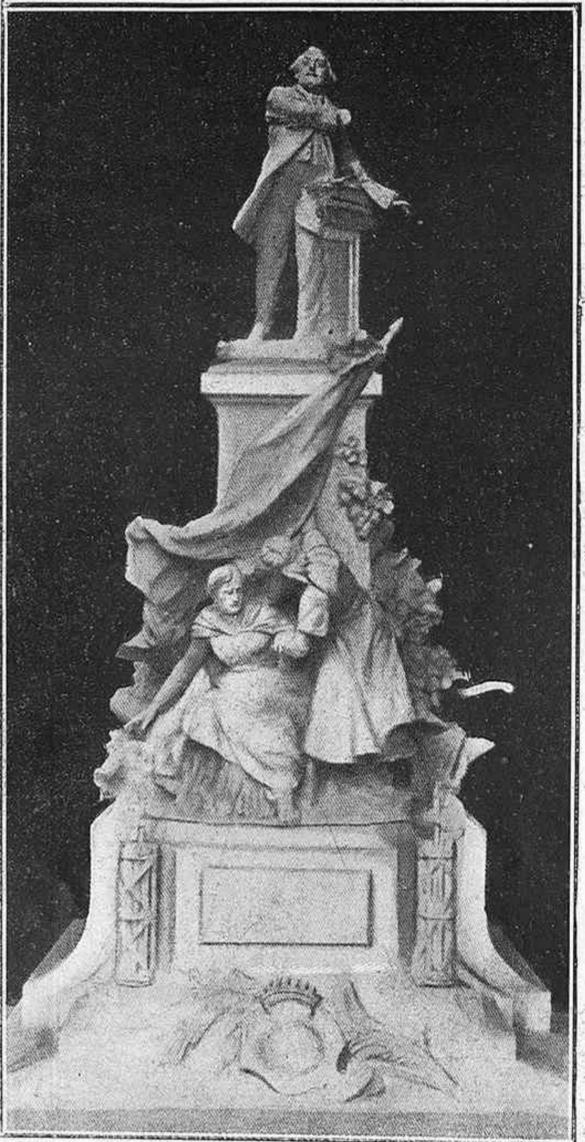
«MUSMÉS» ENTRE LIRIOS Y CRISANTEMOS

VIAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA A NIZA



Inauguración del monumento á Gambetta.—Vista de una parte de la tribuna oficial

Las personas que están sentadas son, de izquierda á derecha: el general Picquart; la señora de Leris-Gambetta, hermana de León Gambetta; el Sr. Sauván, alcalde de Niza; el presidente de la República Sr. Fallieres, y el presidente del Consejo de Ministros Sr. Clemenceau. (De fotografía de Harlingue.)



Monumento á León Gambetta, obra del escultor L. Maubert, solemnemente inaugurado el día 25 de abril último

Con objeto de asistir á las fiestas que debían celebrarse en Niza con motivo de la inauguración del monumento á Gambetta, el Presidente de la República francesa Sr. Fallieres ha suspendido una excursión á la deliciosa ciudad de la Costa Azul.

Salió de París el sábado, 24 de abril, á las cuatro de la tarde, acompañado del presidente del Consejo de ministros Sr. Clemenceau, de los ministros Picard y Ruan y del general Piquard, y á la mañana siguiente llegó á Niza, en donde fué recibido por las autoridades municipales y departamentales. Las calles de la población hallábanse artísticamente engalanadas y llenas de una multitud inmensa que aclamó con entusiasmo al presidente. Este se encaminó á la prefectura, cuya plaza, ocupada en gran parte por los niños de las escuelas con sus estandartes, con palmas y ramos de flores, ofrecía un aspecto tan animado como pintoresco.

Tras un corto descanso, dirigióse el presidente al casino, en cuyo grandioso *hall* había dispuesto el Ayuntamiento un banquete de quinientos setenta cubiertos. Aquel hermoso local estaba profusamente adornado de flores de las clases más selectas, distribuidas en guirnalda, escudos, ramilletes y artísticos grupos.

El banquete fué suntuoso, y al final del mismo pronunciaron elocuentes brindis el alcalde de Niza Sr. Sauván, el Sr. Rouvier, ex presidente del Consejo y en la actualidad senador por los Alpes Marítimos, y el presidente de la República, quien agradeció el grandioso recibimiento que se le había dispensado, dedicó entusiastas frases á la memoria de Gambetta y encomió á la ciudad de Niza por haber erigido un magnífico monumento á su hijo adoptivo, el ilustre patriota que tanto hizo por la regeneración de Francia.

Terminado el banquete, el Sr. Fallieres y todo el elemento oficial dirigiéronse á la plaza Beatrix en donde se alza el monumento. Esa plaza estaba sobria y bellamente decorada, figurando un pórtico circular con columnas corintias enlazadas por guirnalda, y ostentando cada una de ellas el escudo de la ciudad rodeado de palmas.

A un lado de la plaza levantábase la tribuna oficial, en la que tomaron asiento el presidente de la República, el alcalde de Niza, la señora de Leris-Gambetta, hermana del eminente hombre público, el general Picquart, y los Sres. Clemenceau, Picard, Ruan y otros. Delante de la tribuna habíase construido un estrado para los oradores.

Comenzó el acto con algunas palabras del señor Chillini, en nombre de la Sociedad Gambetta, y un discurso del Sr. Etienne, el más fiel y el mejor de los amigos sobrevivientes de Gambetta.

En seguida, descorrieronse las telas que cubrían el monumento, mientras las bandas de música tocaban la *Marsellesa* y la multitud prorrumpía en aplausos y aclamaciones.

Después hablaron los Sres. Gassin y Raiberti, en términos ardorosos, elocuentes, y por último pronunció un magnífico discurso el presidente del Consejo de Ministros. La oración del Sr. Clemenceau fué un entusiasta panegírico del gran muerto, y obtuvo muchos aplausos.

Para saludar al presidente de la República francesa el rey Victor Manuel III de Italia ha enviado á Villefranche una escuadra mandada por el duque de Génova y compuesta de los acorazados *Vittorio Em-*



La señora de Leris-Gambetta, hermana de León Gambetta, y su hijo (De fotografía de M. Branger.)

manuele, Regine Elena y Varise y el crucero *Agordat*. El rey de España Alfonso XII ha enviado el buque *Temerario*, que manda el vicealmirante Sr. Boado.-S.

REVOLUCIÓN EN TURQUÍA.—DESTITUCIÓN DE ABDUL HAMID Y PROCLAMACIÓN DE RECHAD EFFENDI

La nación turca acaba de pasar por una crisis gravísima que ha puesto en peligro el régimen constitucional implantado en julio del año próximo pasado. Los sucesos se han desarrollado con rapidez insólita, puesto que en catorce días han ocurrido en Constantinopla acontecimientos tan importantes como el entronizamiento de la reacción, la reintegración en el poder de los Jóvenes Turcos, la destitución de Abdul Hamid y la proclamación de Rechad Effendi como nuevo sultán.

De todos estos hechos vamos a dar cuenta sumariamente, pues no tenemos espacio para descender a pormenores.

El día 13 de abril último, unos cuantos batallones de la guarnición de Constantinopla, después de haber encarcelado á sus oficiales, ocuparon, á las órdenes de sus sargentos, el Parlamento y exigieron la destitución del gran visir Hilmi Bajá. Las tropas amotinadas consiguieron que se les uniesen cuatro

gran visir á Tewfik Bajá y ministros á hombres de su absoluta confianza. En el edicto imperial en que se

ron al Comité de la Unión y Progreso de la capital que se hallaban dispuestos á marchar sobre ésta.

Después de dos días de motines restablecióse la calma en Constantinopla, quedando el sultán dueño de la situación. La Cámara sancionó los sucesos de los días 13 y 14 y expresó su voluntad de trabajar por el bien del país, conforme á las leyes de Cheri y á la constitución.

Pero este estado de cosas fué de corta duración. El comité de los Jóvenes Turcos de Salónica decidió enviar sobre Constantinopla el tercer cuerpo de ejército, el cual, fuerte de 30.000 hombres mandados por Husni Bajá, llegó hasta las inmediaciones de la capital. Enabláronse negociaciones entre aquel ejército y una delegación del Parlamento, exigiendo aquél un salvoconducto y protección para los diputados que hubieron de refugiarse en Sa-

hacían estos nombramientos se ordenaba el estricto cumplimiento de las leyes de Cheri y de la constitu-

lónica y el castigo ejemplar de los fautores de la revolución.



Rechad Effendi, el nuevo sultán

Abdul Hamid, el sultán destituido



Husni Bajá

Tewfik Bajá

Hazim Bajá

Ahmed Riza

batallones acuartelados en el ministerio de la Guerra. Al mismo tiempo, una imponente manifestación popular, dirigida por los elementos más fanáticos del islamismo, recorrió las calles de la capital reclamando el respeto absoluto de las leyes religiosas de Cheri, la destitución del gran visir y del ministro de la Guerra y el alejamiento de Ahmed Riza, el jefe de los Jóvenes Turcos y presidente de la Cámara.

Durante aquella jornada y la siguiente, la soldadesca cometió toda clase de excesos y asesinó á varios oficiales y diputados y al ministro de Justicia Hazim Bajá, á quien tomaron equivocadamente por el ministro de la Guerra.

El gran visir y el ministerio presentaron la dimisión y Ahmed Riza desapareció de Constantinopla. La Cámara, en una sesión á la que sólo asistieron sesenta diputados, eligió presidente á Ismail Kemal Bey; y el sultán nombró

ción, y se invocaba el auxilio divino para secundar los esfuerzos del gran visir.

En el entretanto, los elementos liberales de la Cámara reuniéronse en San Estéfano, presididos nuevamente por Ahmed Riza.

En la noche del 23 al 24 las tropas de Salónica entraron en Constantinopla, cuya guarnición les opuso resistencia, obligándolas á atacar los cuarteles de Matjka, Tashkijlay y Taxim, que al fin se rindieron. Después pusieron cerco á Yldiz Kiosk, residencia de Abdul Hamid, cuya guarnición capituló sin disparar un tiro.

El día 27 la Asamblea Nacional, reunida en Estambul, acordó la destitución de Abdul Hamid y la proclamación de su hermano Rechad Effendi, el cual hizo inmediatamente su entrada en Constantinopla, siendo calurosamente aclamado por la población.

El nuevo sultán, que reinará con el nombre de Mohamed V, cuenta sesenta y cuatro años, es de carácter bondadoso y muy piadoso, sin ser fanático.—R.



Infantería turca en marcha. (De fotografía de E. Frankl.)

Los acontecimientos de Constantinopla causaron profunda impresión en Salónica, y los oficiales del

Mohamed V, cuenta sesenta y cuatro años, es de carácter bondadoso y muy piadoso, sin ser fanático.—R.

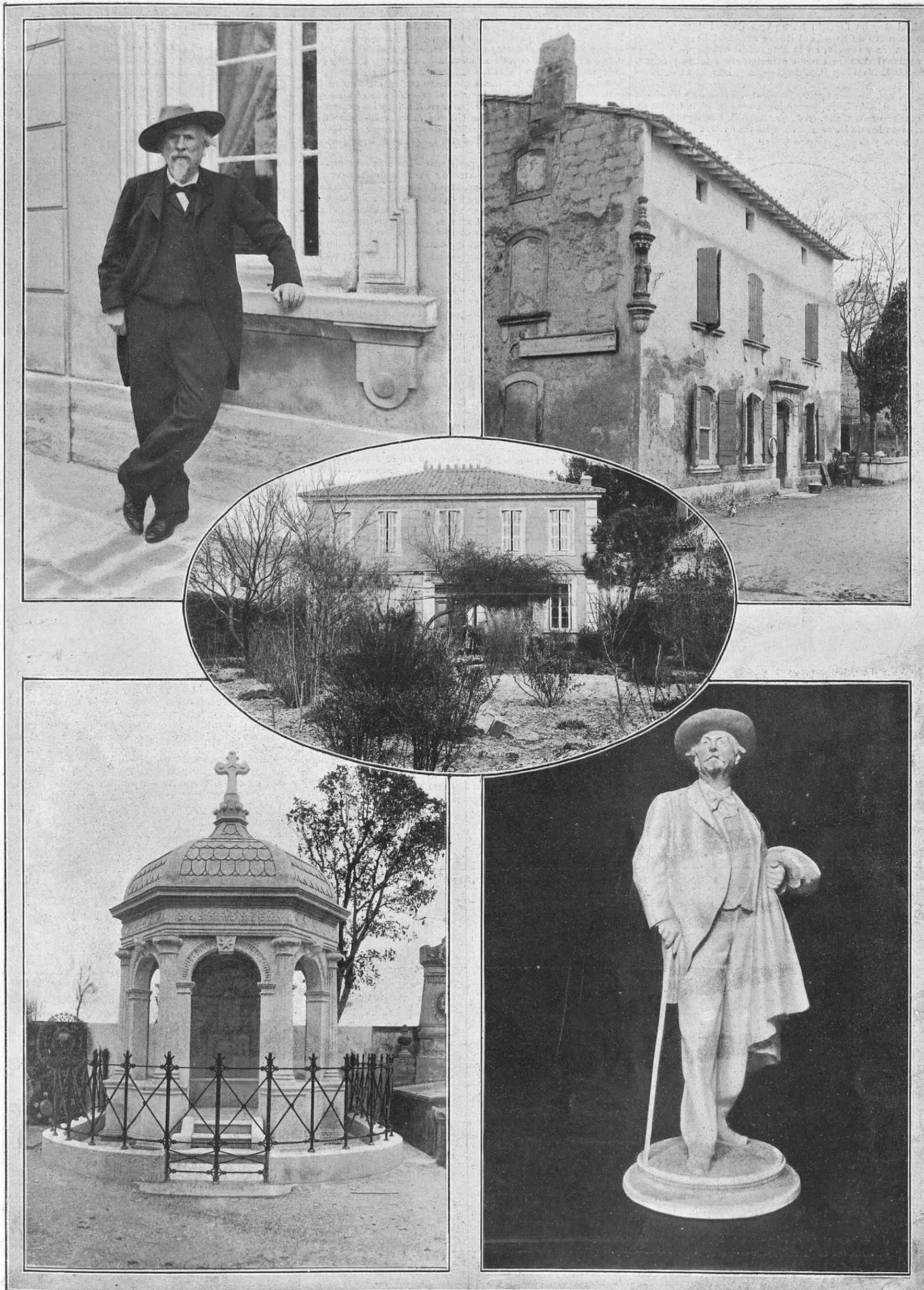


Don Quijote y Sancho Panza. («No se olvide lo que de la insula me tiene prometido.»)



Don Quijote y Sancho Panza después de la aventura de los yangüeses. (Cap. XV. Parte III.)

MISTRAL Y EL CINCUENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DE «MIREYA»



Un retrato reciente de Mistral. — Casa de Maillane en donde nació Mistral. — Quinta de Mistral, en Maillane, su actual residencia. — Panteón que se ha hecho construir Mistral en Maillane. — Estatua de Mistral que será inaugurada con motivo del cincuentenario de la publicación de «Mireya» y de la inauguración del Museo Arlaton, en Avignón. (De fotografías de M. Rol y C.^{ts})

EL CARDENAL AGUIRRE

S. M. el Rey ha firmado hace pocos días el decreto nombrando primado de España al ilustre cardenal Fray Gregorio María Aguirre y García, en la actualidad obispo de Burgos. El cardenal Aguirre cuenta actualmente setenta y cuatro años de edad. Nació en Pola de Gordón (León) el 12 de Marzo de 1835. Estudió, con notable aprovechamiento, Filosofía y Teología en el Seminario de León, y muy joven ingresó en la Orden de San Francisco reformada, en la que hubo de desempeñar altos cargos, como los de lector del Colegio de Pastrana, rector del de Consuegra y definidor de la Orden.



Su Eminencia el cardenal D. Gregorio María Aguirre, nombrado recientemente arzobispo de Toledo, primado de España. (De fotografía de Asenjo.)

En Filipinas prestó también á su instituto eminentes servicios. El 27 de marzo de 1885 fué preconizado obispo de Lugo, y en 1894 fué nombrado arzobispo de Burgos. En ambas diócesis trabajó sin descanso por el enaltecimiento de la Religión, creando instituciones benéficas, convocando sínodos y congresos católicos y practicando de continuo la caridad. Para premiar su celo y sabiduría, Su Santidad el Papa elevó al ilustre prelado en 1907 á la alta dignidad de Príncipe de la Iglesia.

EL EX PRESIDENTE CASTRO

De regreso de su accidentado viaje á América, en donde no le han permitido desembarcar en ninguno de los puertos que él deseaba, llegó el día 23 de abril último á París el ex presidente de la República de Venezuela D. Cipriano Castro, que algunas horas antes había desembarcado en Saint-Nazaire.

A los periodistas que bruscamente se presentaron en su camarote del transatlántico *Versailles*, enseñóles la cicatriz que le dejó la operación que le hicieron en Berlín, y les expresó su indignación contra los Estados Unidos, causantes, según él, de todas sus desgracias, y su extrañeza de que Francia, olvidando la declaración de los Derechos del Hombre, se haya portado con él tan duramente.

«En vano — dice un diario parisiense — los más corteses objetaban la expulsión del ministro de Francia Sr. Taigny y la ruina de nuestros compatriotas, uno de los cuales, Pablo Santoni, murió ayer de cansancio y desesperación... En vano los menos aduladores añadían á estos cargos el asesinato del general Paredes, la tiranía de Caracas, la anarquía venezolana. A todo respondía, señalando su abdomen y llevándose luego la mano al espacio intercostal en donde los demás hombres tienen un corazón: «Soy un amigo del pueblo francés; pero los Estados Unidos...»

Una nube de fotógrafos acosó desde su desembarco en Saint-Nazaire, no dejándole en todo su viaje á París; el ex presidente recibió sus ataques con verdadera rabia, y no se sintió tranquilo hasta que se refugió en el taxi-auto que lo condujo al hotel Crillon.

D. Cipriano de Castro se propone venir á España para desde aquí dirigirse á Cuba, cuyo gobierno parece que le ha ofrecido un asilo.

RICARDO DE LA VEGA

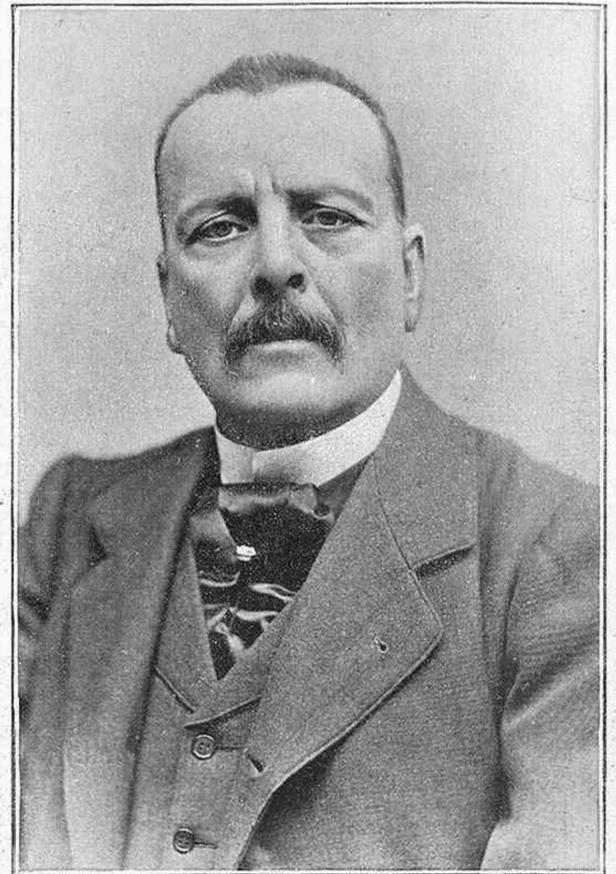
El ilustre sainetero de quien ha dicho crítico tan autorizado como Benot que sus sainetes «son fábulas de potente inventiva sobre espléndidos hechos de la vida real;» el autor de esa joya del teatro moderno español que se titula *La verbena de la Lola*, ha celebrado hace pocos días sus bodas de oro con la escena. En efecto, el día 24 de abril último cumplieron cincuenta años del estreno de *Frasquito*, primera producción de Ricardo de la Vega, quien en igual día del año 1859 escuchó por vez primera los aplausos del público, que desde entonces no ha dejado nunca de oír en su larga y fecunda vida literaria.

La obra de Ricardo de la Vega es importantísima en cantidad y en calidad. Enumerar todo cuanto para el teatro lleva escrito sería tarea difícil; citemos únicamente como sus creaciones principales, además de la ya mencionada, *La canción de la Lola*, *Peña la frescachona*, *A casarse tocan*, *El señor Luis el Tumbón*, *La familia del tío Maroma*, *El tercer aniversario*, *Bonitas están las leyes!*, *Novillos en Polvoranca*, *Los baños del Manzanares* y *El barón de Tronco Verde*.

Nadie ha observado tan profundamente como Ricardo de la Vega ni trasladado á la escena con tanta fidelidad ni con tanto gracejo los tipos, las costumbres, los dichos del pueblo madrileño; nadie ha sabido entresacar tan bien como él, para ostentarlo en toda su bondad y en toda su belleza, lo mucho que tiene de bueno, de noble, de pintoresco, el verdadero pueblo, el pueblo sano y honrado, el pueblo que trabaja y se divierte honestamente, y dejar en absoluto á un lado, como elemento morboso y despreciable, aquello que sólo es propio

sentimientos y encierran una lección moral provechosa; y este es, quizás, uno de sus mayores méritos y el que más ha contribuido al universal renombre que tan justamente se ha conquistado.

Para celebrar sus bodas de oro con la escena, efectuóse en

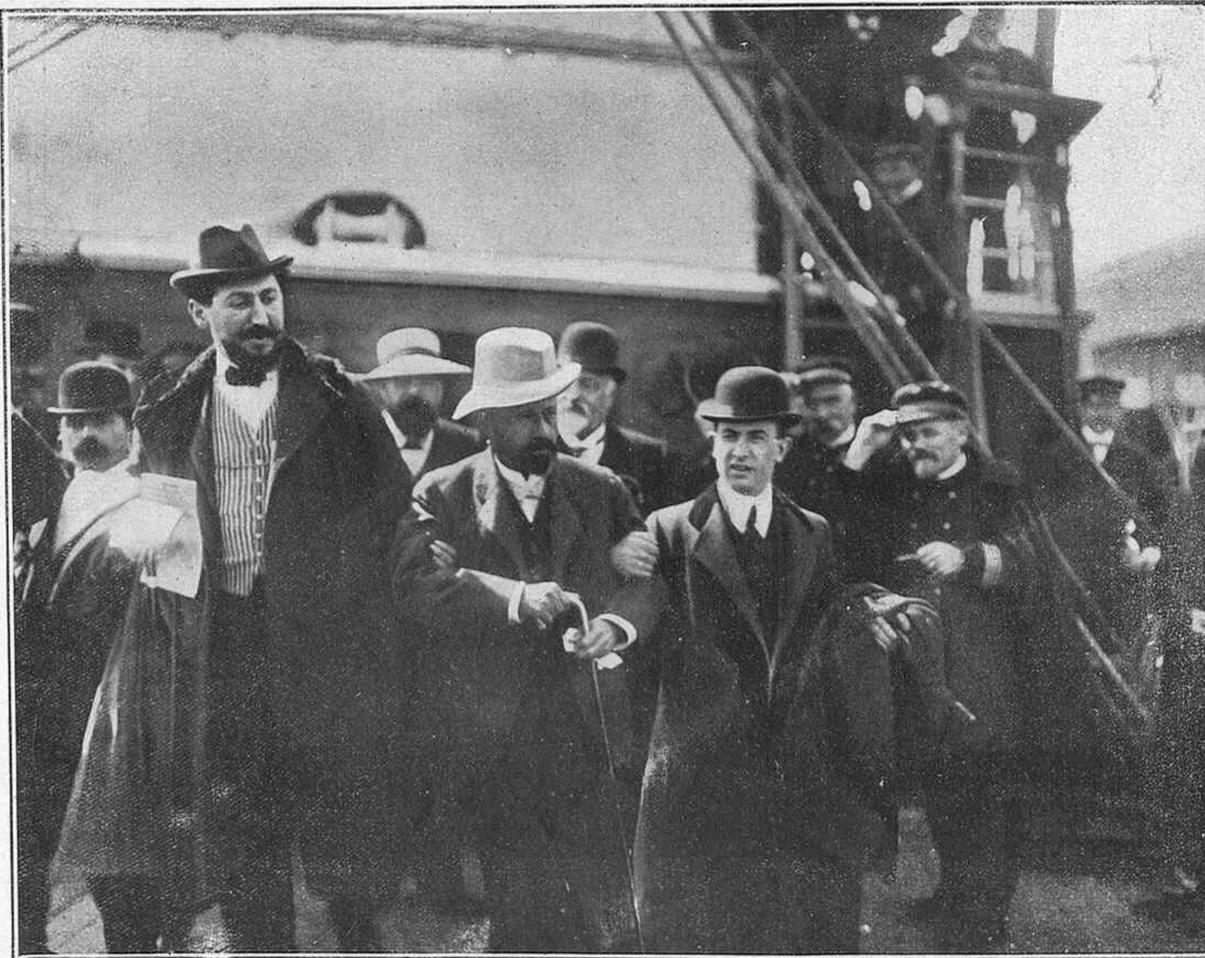


El ilustre sainetero D. Ricardo de la Vega, cuyas bodas de oro con la escena se han celebrado en Madrid el día 24 de abril último. (De fotografía.)

el teatro de Apolo de Madrid una función extraordinaria con el siguiente programa: sinfonía sobre motivos de los más conocidos sainetes de Ricardo de la Vega, compuesta por Amadeo Vives; una loa, en prosa y verso, original de autor anónimo (que muchos creen Sinesio Delgado), titulada *A la puerta del teatro*, cuyos personajes figuraban ser los de aquellos sainetes y fueron representados por actores de todos los teatros matritenses, y las obras *Peña la frescachona* y *La verbena de la Paloma*. Además Ricardo de la Vega leyó su hermosa epístola á D. Armando Palacio Valdés *La defensa del sainete*.

El público tributó al sainetero sin par una ovación tan grande como cariñosa, y el Ayuntamiento de Madrid se asoció al homenaje solicitando de la Academia Española que otorgue la primera vacante á Ricardo de la Vega.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al honrar hoy sus páginas con el retrato del eminente y popular sainetero, le envía su salutación más afectuosa y sincera y hace votos porque viva aún muchos años para el bien y la gloria del arte escénico español.



El ex presidente de Venezuela Cipriano Castro desembarcando en Saint-Nazaire (De fotografía de M. Rol y C.ª)

El nombramiento del cardenal Aguirre para la Silla primada ha sido acogido con general aplauso por la opinión pública, segura de que el anciano purpurado, tan sabio como virtuoso, será un sucesor dignísimo del inolvidable cardenal Sancho.

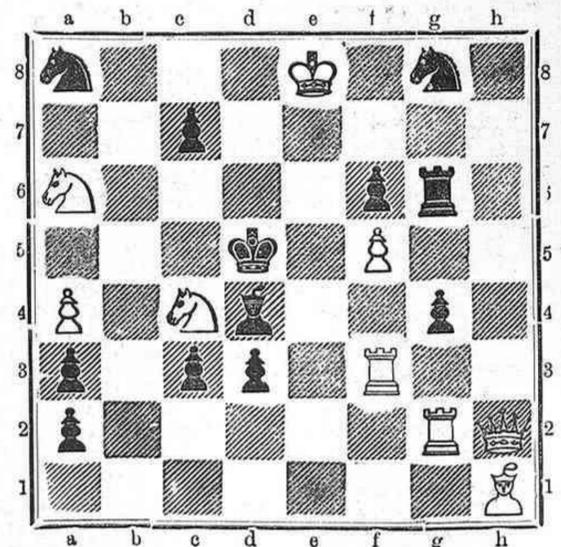
de la chusma, de la chulapería, del populacho del peleón y de la navaja. Sus sainetes, aun aquellos que se desarrollan en los lugares y entre los personajes más humildes, son cultos; todos ellos abundan en delicadas notas de los más exquisitos

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 519, POR V. MARÍN

3.º premio de «Tidskrift for Schack» 1905.

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

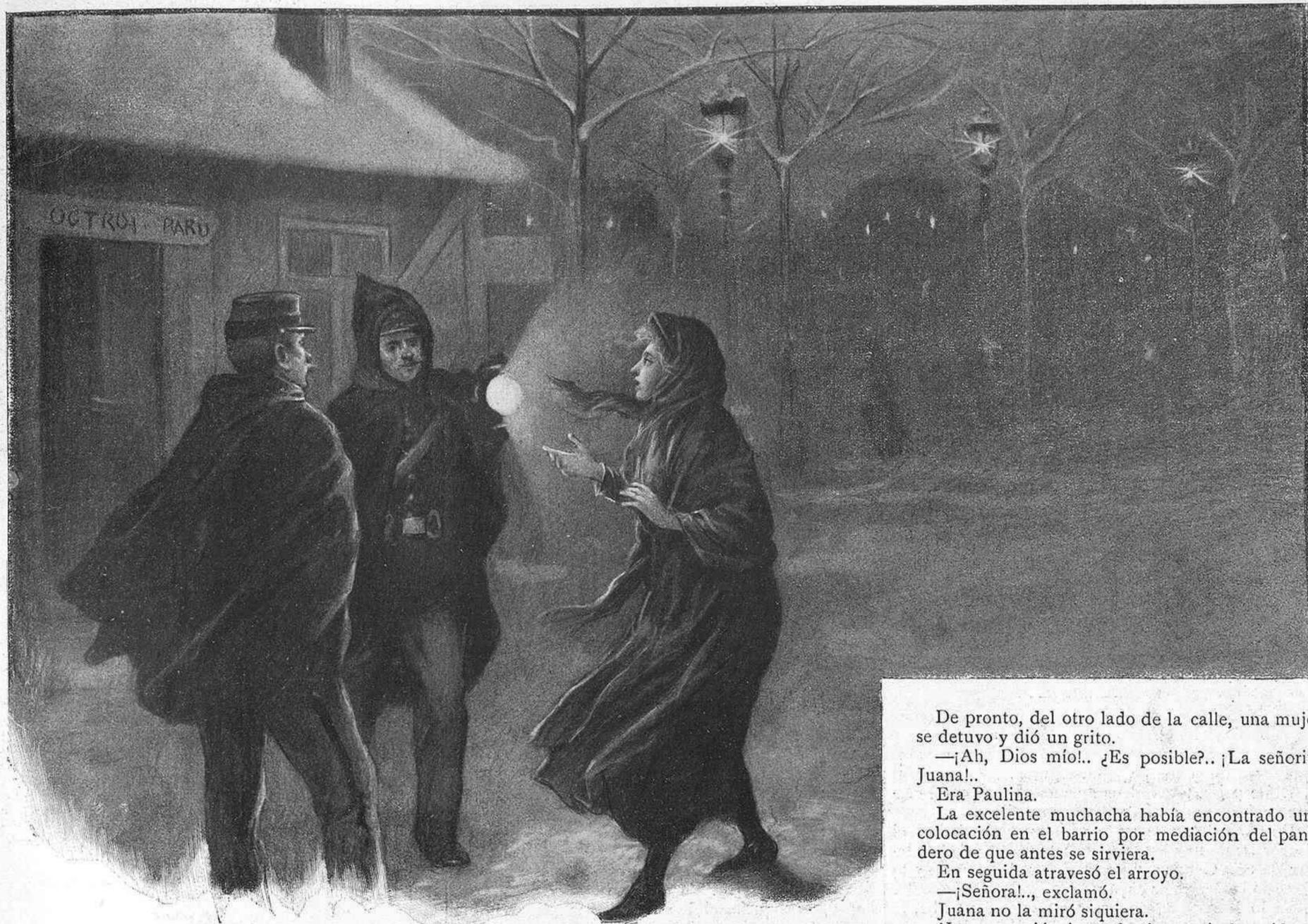
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 518, POR V. MARÍN

- Blancas. 1. C a 2 - c 3
- Negras. 1. Cualquiera.
- 2. D, A, C ó T mate.

LADRÓN DE AMOR (I)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



Juana les miraba alternativamente (pág. 293.)

Aquellos hombres, de bondadosa actitud, parecían comprender que se trataba de una infeliz demente, cuya hermosura aumentaba su compasión.

La hicieron sentar y la interrogaron, sin poder obtener de ella ninguna explicación. No comprendía lo que le decían; no les oía siquiera, y sus grandes ojos sin expresión se fijaban en ellos.

Entonces, Martín y Touret le dieron de comer y beber. Tenían algunas provisiones, traídas por sus mujeres para pasar la noche, y Juana aceptó instintivamente. Bebió con avidez, sedienta por la fiebre, y apenas comió.

Luego, dócilmente, se acostó en la cama de hierro de uno de los guardias y se durmió profundamente.

Los dos consumidores cambiaron sus observaciones.

—Debe ser una mujer decente, dijo Touret; se ve, á pesar de su locura.

—Sí, se conoce en su aire y en su traje, opinó Martín. Lleva una capa soberbia.

—Es muy bonita.

—Y joven.

—Es casada; ¿has visto? Lleva un anillo nupcial.

—De eso le viene quizá la locura, dijo en broma Martín.

No sospechaba cuán cierto era lo que decía.

—Habría que llevarla á la comisaría del barrio, añadió, y la enviarán á la enfermería del Depósito.

—Seguramente, dijo Touret. Ahora está cerrado,

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

pero tan pronto como sea de día, la llevaremos. ¡Pobre mujer!.. ¡Qué lástima!.. ¡Mira qué bien duerme!

A la mañana siguiente, al amanecer, Juana dormía aún, vencida por el agotamiento de sus débiles fuerzas, agobiada por todo lo que había sufrido, y los dos guardias de consumos esperaron que despertase, en vez de marcharse á sus casas á descansar cuando les llegó el relevo. Quisieron encargarse ellos mismos de conducirla.

Con sus colegas recién llegados y puestos al corriente del suceso, trataron de interrogarla, pues hubieran querido evitarle la enfermería del Depósito de la Prefectura de policía, si hubiesen podido hacerle decir su domicilio y acompañarla á su casa.

Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Definitivamente atacada de locura, la desdichada no comprendía lo que le decían.

Tan pronto se sonreía inocentemente como lloraba, pronunciando palabras indistintas.

Entonces Martín y Touret la condujeron á la comisaría del barrio, y siempre dócil, se dejó llevar, ajena á todo lo que pasaba.

No reconocía nada en aquel barrio, donde, sin embargo, había vivido cerca de un año, y miraba en torno suyo sin ver, del mismo modo que oía sin comprender.

Casi todas las personas que encontraban se volvían al verla pasar y examinaban curiosamente aquella mujer cuya hermosura llamaba la atención, al mismo tiempo que su palidez, sus ojos extraviados, su aire enfermizo y su actitud extraña.

A primera vista se comprendía que estaba loca.

De pronto, del otro lado de la calle, una mujer se detuvo y dió un grito.

—¡Ah, Dios mío!.. ¿Es posible?.. ¡La señorita Juana!..

Era Paulina.

La excelente muchacha había encontrado una colocación en el barrio por mediación del panadero de que antes se sirviera.

En seguida atravesó el arroyo.

—¡Señora!.. exclamó.

Juana no la miró siquiera.

No reconoció ni sus facciones ni el sonido de su voz.

Los dos consumidores parecieron alegrarse de encontrar una persona que la conocía.

—Es mi antigua ama, explicó Paulina muy emocionada. ¡La señora de Favreuse!.. ¿Qué le ha pasado?.. ¡Señorita Juana!..

—No le contestará á usted, dijo Touret. Está así desde anoche, cuando la recogimos en el fieltro del Point-du Jour. No comprende

—La infeliz está loca; añadió el otro guardia en voz baja.

—¡Gran Dios, qué desgracia!.. exclamó Paulina estrechando la mano á la joven señora. ¿De dónde venía?

—En cuanto á eso, nada sabemos, contestó Martín.

—¿Conoce usted á su familia?, preguntó Touret.

—¡Ah, pobre señora!.. ¡Su familia!.., dijo la antigua camarera de Juana. Sí, comprendo lo que ha debido volverla loca... No es de extrañar con lo que ha sufrido... Su marido ha sido condenado por la justicia... No tiene más que á su padre... ¿Pero dónde la llevan ustedes?

—A la comisaría del barrio, contestó uno de los guardias. Si tiene á su padre, se la entregaremos.

—Venga usted con nosotros, puesto que le conoce, dijo el otro guardia. Dirá usted lo que sabe.

Algunos transeuntes se habían detenido y formaban corro procurando oír lo que se decía.

Paulina cogió la mano de Juana, aquella mano que la fiebre abrasaba, y pasó su brazo debajo del suyo para marchar á su lado.

La comisaría estaba cerca, y durante el resto del trayecto, Paulina y los dos guardias de consumos

apenas tuvieron tiempo de darse mutuamente algunas explicaciones.

En presencia del comisario, cada cual expuso lo que sabía.

La cuestión Favreuse había hecho ruido, y acerca de esto el magistrado sabía á qué atenerse.

Rogó á Paulina que fuese á casa del Sr. Laroche á fin de prevenirle de lo que pasaba é invitarle á venir á buscar á su hija. Pero ante aquella proposición, la camarera hizo un movimiento de espanto instintivo.

No se atrevía á presentarse de nuevo ante el padre de Juana, sobre todo en las actuales circunstancias.

El Sr. Laroche, después de las desgracias sobrevenidas, ¿no se dejaría llevar de la más viva cólera contra la que había arrojado de su casa y á la cual acusaría de ser responsable de todo?

Paulina pretextó, pues, las necesidades de su servicio, que le impedían ausentarse, sobre todo por tanto tiempo, puesto que había que ir al otro extremo de París, pero dió todas las indicaciones necesarias.

Encargóse á un agente de policía que fuese á prevenir al Sr. Laroche y á suplicarle que se presentase en la comisaría.

Paulina se quedó un instante, y en vano trató de obtener una palabra, un signo de inteligencia de la desdichada Juana.

Cuando el Sr. Laroche se enteró de que un guardia de orden público quería hablarle, hizo un gesto de irritación, creyendo que aquella diligencia se relacionaba con aquél vergonzoso asunto cuyo recuerdo hubiera querido perder.

Pero recibió un rudo golpe cuando le dieron la terrible noticia de la locura de su hija, recogida como una vagabunda por los guardias de consumos del fielado del Point du Jour y depositada interinamente en la comisaría.

«¡Pobre hija mía!...» se dijo.—¡Qué terrible castigo!..»

El Sr. Laroche ignoraba que Juana fuese madre, pues desde el día que su hija se marchó de su casa, no había querido volver á oír hablar de ella.

Sólo se preocupaba de ella al interrogar al guardia de orden público.

Su corazón de padre, cerrado por aquella rebeldía que tan penosa le había sido, se abría de nuevo ante la espantosa desgracia de su hija.

Sintió disiparse de pronto toda su cólera, y antes de haberla visto, el perdón le subía á los labios.

—Sí, voy allá, contestó. Diga usted al comisario que como un coche y voy en seguida.

Dióse prisa, tomándose apenas el tiempo de vestirse, mientras su criado iba por un *fiacre*.

De paso detúvose en casa de su viejo amigo, el doctor Desfournelles, que vivía también en el bulevar de San Germán, á pocos pasos de su casa, y le anunció la desgracia cuya noticia acababan de darle.

Se lo llevó consigo para que viese á su hija, le ayudase á traerla y la cuidase.

Después, al hallarse en presencia de Juana, el señor Laroche tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas que le subían á los ojos, pues sintió una piedad inmensa al verla de aquel modo, pálida, desencajada, extraviada, loca, mirándole sin reconocerlo, con ser su padre.

¡Ah, el castigo espantoso era ciertamente desproporcionado con la falta, por culpable que hubiese sido!

—¡Juana!.. ¡Juana mía!.., le dijo con la mayor ternura, cogiéndole la mano y estrechándola contra su pecho. ¿No me reconoces?.. ¡Mírame, soy tu padre!.. ¡Juana!.. ¡Juana mía!.. ¡Háblame, por favor!.. Ya no te riño..., ¿ves?.. ¡Contéstame!

Pero Juana no reconocía la voz de su padre.

Le miraba como á todos los presentes, y sus labios se agitaban para pronunciar palabras que no se entendían.

El doctor Desfournelles explicó:

—Esta pobre criatura se ha vuelto loca á causa de todas las desgracias que le han caído encima; esto basta para explicar la causa de ese trastorno de la razón. Es presa de una amnesia completa, pues, como usted ve, ha perdido absolutamente todo recuerdo.

—Pero curará, ¿verdad, doctor?.., imploró el señor Laroche. ¿Se la podrá salvar?

—El caso no es incurable, contestó el viejo médico. Por lo pronto, hay algo que urge más que todo. Su hija padece una complicación que puede llegar á ser amenazadora. Temo una fiebre cerebral. Hay que llevarla con el mayor cuidado.

—¡Pobre hija mía!.., gimió el padre. ¡Mi pobre Juana!..

Y la estrechó de nuevo contra su pecho, cubriéndola de caricias y dejando al fin brotar las lágrimas que ya no podía retener.

XIV

LA CASA ABANDONADA

—Pero ¿qué demonios está haciendo arriba ese galopín?

Bourasse, el carbonero de la calle Galande, acababa de despertar de muy mal humor, y esta exclamación se dirigía á su sobrino, cuyos pasos se oían en el camaranchón donde dormía, situado precisamente encima de la cama de su tío.

—Ya sabes, intervino la señora Sofía, que el amo de Pablo tiene mucho trabajo en este momento y que el muchacho tiene que estar en su casa más temprano.

El tío Bourasse, refunfuñando, alcanzó un enorme reloj de plata, cuyo tic tac sonoro se hacía oír en el cuarto todavía oscuro.

El auvernés encendió un fósforo y consultó el cuadrante.

—Las cinco y media, murmuró; á estas horas no se va á deshollinar chimeneas...

—¿No te digo yo que toda esta semana Pietro tiene trabajo muy lejos?, insistió la mujer del carbonero. Se necesita tiempo para ir. Es en los alrededores.

—¡Bueno, bueno!.., refunfuñó el auvernés, que se volvió del otro lado en su cama, y pronto un ronquido sonoro demostró que la preocupación de la conducta de su sobrino no le impedía dormir.

Pablo Galoux, en efecto, se levantaba, desde hacía algunos días, muy de mañana, y había algo de exacto en la declaración de su tía.

El *fumista* de la calle de San Severino tenía entonces un aumento de trabajo inesperado, pues la limpia de chimeneas se encontraba en plena estación muerta. Pero no era sólo el deseo de tener contento á su patrón y llegar pronto al taller lo que hacía levantar tan temprano al pequeño deshollinador. El observador más superficial se hubiera extrañado del aseo casi metódico con que el muchacho se vestía.

A la pálida luz de un mal cabo de vela, metido en un tarugo agujereado, y á fuerza de jabón, procuraba hacer desaparecer en lo posible la capa de hollín que el trabajo de la víspera había dejado en su cara, y en un pedazo de espejo fijado con dos clavos en la pared, el niño estudiaba cuidadosamente los resultados de sus concienzudos esfuerzos.

Por fin hizo una sonrisa de satisfacción, que reprodujo, en el fragmento de espejo, una cara blanca.

A toda prisa Pablo se peinó, se puso una blusa negra por encima del elástico y bajó con precaución.

Para salir á la calle, el muchacho tenía que atravesar la trastienda, en que dormía su tío, y casi todas las mañanas recibía de paso una andanada de improperios del irascible auvernés, que aún no había podido acostumbrarse á la presencia de su sobrino, á pesar de que, mejor retribuido ahora por Pietro, no era una carga para él.

Aquella mañana, por excepción, la travesía se operó sin incidente alguno y el aprendiz no tardó en encontrarse en la calle.

Si Bourasse hubiera tenido el capricho de espiar á su sobrino, hubiera experimentado entonces una viva sorpresa, pues en vez de dirigirse hacia la tienda del fumista, Pablo tomó el camino del bulevar, y al llegar á la esquina de la calle de Bernardinos se detuvo, pareciendo esperar á alguien.

La estación no fué larga, pues al cabo de pocos minutos salió del portal del número 25 una niña con una cestita de mimbre barnizado en la mano y que, antes de tomar la acera, dirigió una rápida mirada en torno de ella.

De pronto, la muchacha sonrió alegremente: acababa de ver en la esquina al pequeño deshollinador y corrió hacia él.

—Buenos días, Pablo, dijo ella con expresión jovial.

—Buenos días, Rosita.

Rosita Landry estaba ahora de aprendiz, desde hacía algún tiempo, en casa de una costurera de la calle de las Escuelas.

Cada mañana, los dos muchachos se encontraban y recorrían juntos el corto trayecto. La buena amistad que les unía no había hecho más que aumentar, y un nuevo sentimiento, todavía muy vago, muy indefinido, pero que, sin embargo, les parecía más tierno, había venido á cimentar el afecto que atraía mutuamente á aquellos dos ingenuos corazones.

Del producto de sus propinas, Pablo compraba para Rosita pastillas de jabón perfumado, y para

agradar más á Pablo Rosita se había atado el pelo con una cinta color de rosa que, á su juicio, la hacía más bonita.

La influencia del taller se manifestaba ya en la muchacha; de conversaciones oídas había deducido que, para agradar, era necesario ser bonita, y tuvo una gran satisfacción cuando Pablo declaró gravemente:

—¡Hola, qué bonito lazo llevas esta mañana!

—¡Oh!, dijo la niña con desenvoltura, me he puesto éste como hubiera podido ponerme otro cualquiera.

—¿Estás aún contenta en casa de la señora Lopart?, preguntó Pablo.

—Preferiría estar al lado de mi madre, contestó Rosita; pero es necesario aprender un oficio, ¿verdad?.. Mi patrona no es mala..., sólo hay una cosa que me fastidia, los recados. A veces hay que ir lejos con una gran caja pesada, y luego ir preguntando para encontrar las casas...

—Cuidado con los carruajes, ¿eh?, recomendó Pablo; últimamente he leído en el *Petit Journal* que un ómnibus aplastó á una aprendiz... En seguida pensé en ti.

—¿Tuviste miedo?, preguntó la niña.

—¡Clarol!, contestó el pequeño deshollinador sin dar más explicaciones.

Después de un rato de silencio, Rosita se informó: —¿Dónde vas á trabajar hoy?

—Aún no lo sé, declaró el aprendiz de Pietro; ayer fuimos á la Villette, para montar una grande estufa de loza, y el patrón dijo que hoy iríamos quizá á los alrededores.

—¿Fuera de París?, preguntó la niña.

—¡Naturalmente!..

—¿Entonces, no te veré este mediodía?

—No; pero esta noche, contestó Pablo, volveremos quizá temprano.

—¡Ah, bien!, dijo la muchacha.

En esto habían llegado á pocos pasos de la casa de la costurera.

—Hasta luego, Pablo, dijo la hija de Landry.

—Hasta esta noche quizá, Rosita, contestó el sobrino de Bourasse.

Y los dos niños se abrazaron cordialmente, sin hacer caso de las sonrisas de los transeúntes á quienes aquella efusión en plena calle había divertido un poco.

Se separaron.

Rosita subió á su taller y Pablo se fué á la tienda del fumista.

Hacia ya cerca de dos años que Pablo Galoux trabajaba en casa del italiano y Pietro Succi estaba muy contento de los servicios de su aprendiz.

Con frecuencia el patrón había recibido felicitaciones de sus clientes sobre la honradez, la urbanidad y la inteligencia del pequeño deshollinador.

Aunque no era de corazón muy tierno, el italiano le había cobrado cariño al muchacho y le confiaba de preferencia los trabajos que había que ejecutar en las casas ricas, donde la propina era casi segura. Además, le daba ahora la paga de un franco cada día, considerándolo ya como semi operario.

Lucci se encontraba solo en su tienda cuando llegó Pablo.

—Buenos días, Sr. Pietro, dijo el niño.

—Buenos días, muchacho, contestó el fumista. ¡Al menos tú eres puntual!.. Pero ese gandul de Miguel aún no ha llegado. Sin embargo, yo le había encargado que estuviese aquí á las ocho.

—¡Pues á las ocho estoy!, dijo con voz tartajosa; daban en el Palacio de Justicia cuando yo pasaba por delante.

El que acababa de llegar era un gran diablo, flaco, descaderado, que se contoneaba al andar y cuyo rostro presentaba la expresión estereotipada de una inconmensurable necesidad.

Era Miguel, el compañero habitual de Pablo Galoux.

Absolutamente estúpido fuera de su oficio, Miguel era un excelente operario, y Pablo le debía en parte el conocer casi á fondo su profesión.

Miguel le había cobrado amistad á su aprendiz, principalmente porque no había encontrado en él el espíritu impertinente y burlón de los demás pequeños auxiliares que le habían dado hasta entonces y de los cuales había tenido que soportar muchas bromas pesadas.

—¡Ah! ¿Ya estás aquí?, dijo el patrón; pues bien, es hora de marcharos.

—¿Y adónde vamos esta mañana?, preguntó Miguel.

—A Clamart, declaró Lucci.

—¡Clamart!, dijo Miguel sorprendido. ¿Fuera de París?

—¡Naturalmente que es fuera de París!, replicó el

italiano encogiéndose de hombros; como que es Clamart.

—¿Y por dónde se va á Clamart?, se informó el operario.

—¡Oh! Nada más fácil, explicó el patrón; no haréis más que ir á San Germán de la Pradera, donde tomaréis el tranvía que os llevará directamente.

—¡Bueno!, dijo Miguel. ¿Y qué vamos á hacer en Clamart?

—Iréis á la escuela de muchachas; parece que el calorífero no marcha; hay que ver lo que tiene. Si la reparación puede hacerse en seguida, la emprendéis en el acto.

—Entendido, dijo el obrero.

Y ya se había colgado en bandolera su saco de instrumentos, mientras Pablo cargaba con las cuerdas y la *araña*, cuando Lucci añadió.

—No es esto todo; cuando hayáis concluido en Clamart, iréis á Meudon.

—¿Meudon?, repitió Miguel rascándose la oreja.

—¿Tampoco sabes dónde está Meudon?, preguntó Lucci. Pero, hombre, ¿tú no has salido nunca de París?

—¡Que si he salido de París!, protestó el obrero. El domingo pasado estuve en la fiesta de Pantin, ¡y no le digo á usted nada de la comilona que tuvimos con mis compinches!

—No te pregunto nada de eso, declaró el patrón. Escucha, tú, pequeño, tú no eres tan simple como él. En Clamart, tomaréis la carretera nacional hasta el gran puente sobre el cual pasa el ferrocarril. ¿Sabes?

—Sí, señor, sí.

—Al llegar allí, pasaréis por debajo del puente, luego subiréis la cuesta en derechura delante de vosotros, y después de haber pasado por encima de la vía, preguntaréis por el «Petit Drapeau»; es un ventorrillo; todo el mundo lo conoce.

—¿Un ventorrillo? ¡Bien va!, exclamó Miguel.

—¡Ah! ¡Eso te hace abrir los oídos, bebedor insaciable!, dijo Pietro. Allí encontraréis al amo, que es amigo mío, añadió el fumista. Le diréis que vais de mi parte. Tiene una chimenea que necesita desholllinar, y le prometí hacerlo á conciencia. ¿Entendido, eh? ¿Te acordarás bien, tú, muchacho?

—¡Oh sí, señor!, contestó el niño.

—¡Pues andad!

Miguel y el aprendiz salieron, y no tardaron en subir á la imperial del tranvía de Clamart.

El mes de febrero tocaba á su fin; pero el día se anunciaba hermoso, y á pesar de un cierzo todavía algo vivo, el frío no era intenso, pues ya el sol, más alto en el horizonte, despedía rayos menos oblicuos.

—¡Caramba!, dijo Miguel sentándose, ¡sopla un céfirillo que no tiene nada de caliente!. El patrón hubiera podido pagarnos asientos del interior.

—¡Bah!, contestó el niño, se está mejor aquí que abajo; son una porción de gente que le miran á uno de reojo cuando no lleva gabán con cuello de terciopelo.

—La verdad es que quizá tengas razón, aprobó Miguel, y aquí al menos puede uno fumar su pipa tranquilamente.

Hablando, el obrero había sacado su petaca de goma, cargado su pipa, y después de varias tentativas infructuosas para encender un fósforo, acabó por sacar triunfalmente de su pipa una magistral bocanada de humo.

Pablo sacó del bolsillo un periódico algo ennegrecido, y luchando contra el cierzo que se obstinaba en volverle la hoja, se abismó en una atenta lectura, abandonando al compañero á sus reflexiones.

—¿Qué hay de nuevo, muchacho?, preguntó al cabo de un rato el gran Miguel, que no era ningún pensador y experimentaba la necesidad de conversar un poco para romper la monotonía del trayecto.

—¡Oh! No es un periódico de hoy, contestó Pablo reanudando su lectura.

—¿Pero te interesa así lo mismo?, insistió el obrero.

—Sí, declaró lacónicamente el niño.

Miguel no insistió, y cargó por segunda vez su pipa.

El rostro de Pablo Galoux se contrajo de pronto, asomaron dos lágrimas á sus ojos, los enjugó á hurtadillas, y estrujando el periódico con un movimiento en que había algo de cólera, lo tiró á la carretera.

—¡Ladrón!, ¡canalla!, murmuró el niño, que, á partir de aquel momento, pareció absorto en los más tristes pensamientos y sólo contestó con monosílabos á las tentativas de conversación de su compañero.

El aprendiz acababa de leer la reseña del robo cometido por «Edmundo» de Favreuse, y su pensamiento había volado hacia Juana Laroche, hacia la que, para Pablo, lo mismo que para Rosita Landry, había continuado siendo «la buena señorita.»

Pensaba en el inmenso dolor que había debido experimentar su infeliz protectora. ¿Por qué la des-

gracia había de alcanzar á seres tan buenos?.. El niño recordaba el dulce rostro de Juana y la amable sonrisa con que los acogía antes á su amiguita y á él. ¡Cómo debían llorar ahora aquellos grandes ojos tan dulces! Del corazón del huérfano se alzaba una maldición contra el hombre nefasto que había quebrantado la vida de su protectora, contra el miserable cuyo crimen había causado la muerte del padre de Rosita.

Hacia ya tiempo que el tranvía había pasado las fortificaciones y sorprendió á Pablo el oír de pronto al conductor que gritaba:

—¡Eh, vosotros!, ¿queréis dormir ahí arriba?

—¿Hemos llegado ya?, preguntó Miguel.

—Parece que sí, contestó el pequeño desholllinador.

Bajaron rápidamente y encontraron en seguida el establecimiento en que tenían que trabajar y en que los esperaban.

Tratábase de limpiar algunas tuberías obstruidas, y los dos operarios pusieron en seguida manos á la obra.

A las doce habían concluido, pero la directora de la escuela quiso aprovechar la presencia de los fumistas para hacer arreglar su coladuría, y les convidó á comer en cambio de aquel ligero trabajo suplementario.

Miguel aceptó con entusiasmo.

—Magnífico, dijo al aprendiz; es mejor que ir al figón, y una economía además.

A las dos se pusieron en camino para Meudon.

Hasta el viaducto, todo fué bien; no había medio de equivocarse. Pero cuando hubieron pasado el «gran puente», como le llamaba su patrón, entablóse una discusión entre los dos fumistas.

Miguel, algo picado, en el fondo, de que la dirección hubiese sido confiada al aprendiz, quería á toda costa oblicuar á la derecha.

—¡Pero cuando yo digo que es enfrente, en línea recta!.., protestó Pablo.

—¡Enfrente!, replicó Miguel con una sonrisa burlesca. ¿No ves que no hay casas?

—No importa; sigamos en derechura, como dijo el amo, y ya encontraremos casas.

Miguel, que hacía simplemente oposición sistemática, fingió ceder, y pronto llegaron al segundo puente echado sobre la zanja del ferrocarril, que el fumista le había indicado.

El pequeño desholllinador se acercó á un peón caminero que rastrillaba el barro.

—Usted dispense, le preguntó; ¿conoce usted el «Petit Drapeau?»

—Sí, ¿no lo he de conocer?, contestó el hombre; pero el «Petit Drapeau» está cerrado; no hay nadie.

—No importa, replicó el niño; díganos asimismo dónde se encuentra.

—¡Oh, no tiene pérdida!, explicó el peón; van ustedes á andar doscientos metros más, é inmediatamente después de esta cuesta, verán el establecimiento; es fácil de reconocer; no hay otra casa en el camino.

Los dos desholllinadores dieron las gracias al caminero y continuaron su marcha.

—¡Ah, ahí debe ser!, exclamó Pablo de pronto. ¿Ve usted... á la derecha... esa casa?..

En efecto, al borde del camino se alzaba una especie de ventorrillo rústico, precedido de una doble hilera de glorietas groseramente hechas con tablas que acusaban los orígenes más diversos.

Pero ya no había error posible, pues sobre la entrada se veía una muestra en la cual una mano falta de experiencia había trazado estas palabras: «Au Petit Drapeau.»

Al ver á los dos desholllinadores, un hombre que vestía una almilla de punto de lana y componía á grandes martillazos una puerta desvencijada, exclamó:

—¡Ah!.. ¡Adelante!.. Venís de parte de mi amigo Pietro, ¿verdad?

—En efecto, contestó Miguel.

—Pues llegáis á punto, porque iba á volverme, dijo el dueño del «Petit Drapeau.» Pietro me envió una tarjeta postal diciéndome que vendríais hoy; pero al ver que no veníais, pensé que había habido algún impedimento.

Miguel explicó entonces que habían sido retenidos en la escuela de Clamart más tiempo del que el patrón había creído.

—En fin, no importa; la cuestión es que habéis venido.

Los tres penetraron en la casa.

El pintoresco ventorrillo denominado el «Petit Drapeau» sólo estaba abierto en verano, y su clientela se componía casi exclusivamente de parejas amorosas que iban de paseo, y á veces de algunas familias que venían á comer en las glorietas las pro-

visiones traídas de París y remojadas con el peleón de la casa.

Durante el invierno, el tabernero vivía en Clamart y había venido expresamente para esperar á los fumistas.

—Vamos á beber un trago antes de empezar, propuso el tabernero. Vuestro oficio da mucha sed, ¿eh?

—No es cosa de despreciar, patrón, aceptó Miguel; un enjuague de vez en cuando arrastra el hollín.

—¡Oh! La operación no será larga, anunció el tabernero destapando una botella de vino blanco; no hay más que una chimenea, y como veis, la casa no es alta.

—Entonces, ¡á vuestra salud!, dijo Miguel haciendo chocar su vaso con el del ventero.

Y después de haber hecho chasquear la lengua en prueba de satisfacción y de haberse secado los labios con el dorso de la mano, dijo á su ayudante:

—Vamos, Pablito.

El muchacho desató la *araña*, que entregó á su compañero, con el escobillón y la raqueta, y con el paquete de cuerdas á cuestras, siguió al amo del ventorrillo, que le enseñaba el camino, llevando una escalera.

En un momento se hubo encaramado sobre el tejado.

—Cuidado, muchacho, recomendó el ventero; las tejas son resbaladizas en este tiempo; no te vayas á caer.

—¡Oh, pierda usted cuidado!, contestó el niño; no soy nuevo en el oficio.

El sobrino de Bourasse desenrolló entonces sus cuerdas ennegrecidas, introdujo la pesa de hierro colado en la chimenea, y asomándose luego á la abertura, como sobre un gigantesco portavoz, gritó á su compañero:

—¡Ohé! ¡Ho!

Miguel contestó en seguida con el mismo grito.

La voz tartajosa del obrero llegó hasta el muchacho tan extraña, tan cómica, que no pudo contener una carcajada al dejar bajar la cuerda, á cuyo extremo ató Miguel la *araña*.

Establecióse el vaivén, y al cabo de un cuarto de hora la operación estaba terminada.

—Diga usted, señor, hizo observar el aprendiz al juntarse con los dos hombres, que ya estaban sentados ante otra botella; debé usted tener goteras en el desván. Hay tejas rotas al lado de la chimenea.

—Sí que las hay, contestó el patrón; he pedido ya los albañiles para que vengan á reemplazar las tejas de que hablas. Pero en esta estación no hay manera de hacerlos venir hasta aquí por tan poca cosa. Si quisierais, añadió, podríais arreglarme eso vosotros. Es cosa de poco tiempo; tengo aquí todo lo necesario: tejas nuevas y medio saco de yeso...

—Sí, sí, dijo Miguel; el muchacho se lo va á arreglar, ¿verdad, Pablito?.. Es ágil como un mono este chico.

—Corriente, dijo el ventero; voy á buscar todo lo necesario.

—Yo tengo que largarme, dijo Miguel luego que el tabernero hubo salido. Deben ser cerca de las cuatro y prometí estar en mi casa á las cinco, porque esta noche debo salir con mi mujer. Bien que pronto habrás concluido.

—Sí, sí, contestó Pablo; es cuestión de un momento.

—Entonces, repuso Miguel, volverás solo... Supongo que no te perderás.

—No hay cuidado, afirmó el niño sonriendo.

El ventero volvió trayendo algunas tejas y yeso.

—Aquí tienes esto, dijo; habrá una propinita para ti.

—¡Oh, no vale la pena!, dijo el aprendiz empleando una fórmula habitual que no constituye precisamente un desprecio formal.

Miguel partió, después de haber bebido otro vaso de vino blanco y estrechado la mano al patrón.

En seguida Pablo Galoux, después de haber desleído el yeso en un balde, volvió á subir al tejado, donde el tabernero puso á su alcance las tejas nuevas, y silboteando retiró las tejas rotas y se puso á cubrir de yeso el espacio descubierto, donde clavó las demás con rara habilidad.

De pronto, mientras trabajaba, le pareció oír cerca de él como una queja parecida á los vagidos de una criatura.

El muchacho, sorprendido, miró en torno suyo sin poder adivinar de pronto de dónde procedían aquellos débiles gritos.

La campiña estaba absolutamente desierta. No había nadie en el camino ni en los campos inmediatos.

(Se continuará.)

CRIADEROS DE TORTUGAS, POR H. J. SHEPSTONE

En la actualidad, la crianza en grande escala de tortugas se lleva á cabo en el Japón y en América; pueden también considerarse como criaderos las grandes extensiones de costa, en las Antillas, cercadas por empalizadas, donde se las encierra hasta que las demandan las necesidades del mercado de Londres.

Los japoneses, americanos é ingleses prefieren respectivamente distintas especies de tortugas. Los primeros se dedican á la propagación de la grande y voraz, los segundos á la de la llamada émido, al paso que la sopa, tan apreciada por los ricos y buscada por los enfermos, en Inglaterra se hace con la tortuga verde, procedente de las Antillas.

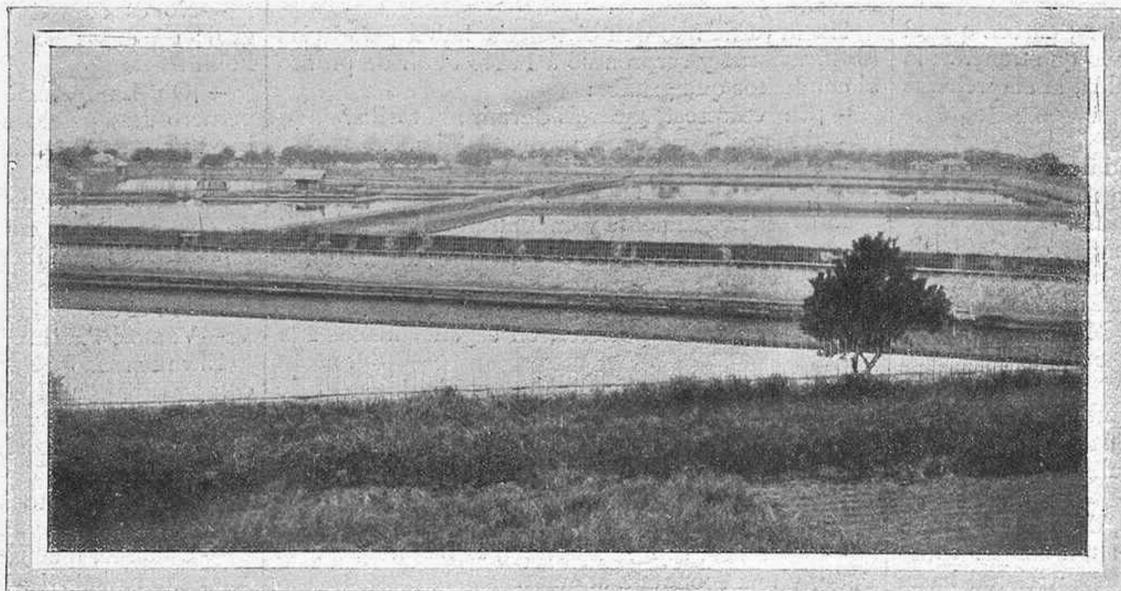
El émido es un animal pequeño, que en un tiempo se encontraba en abundancia en las poco profundas bahías y en los pantanos salobres que se extienden por toda la costa del Atlántico, desde Massachusetts hasta Tejas. El haberse comprobado que su carne proporciona un estofado delicioso y una sopa ideal, fué causa de que

y que sólo necesita un pequeño estanque de agua salada en que habitar, su crianza no ofrece nada de particular. Dichos criaderos consisten únicamente

alarga según sea el verano caluroso y el sol brille sin cesar día tras día, ó llueva mucho y no sea grande el calor. Como las tortugas ponen sesenta huevos en cada nido, en dos puestas, se comprende que cada año aumente en muchos miles la población, pero por lo menos se necesitan cinco para que estén bastante grandes para el consumo.

Era de suponer, teniendo en cuenta el gran número de huevos que las tortugas ponen, que éstas abundaran mucho; pero pocos animales hay que tengan tantos enemigos. Nada más hace la madre que depositar los huevos en la arena de algún islote y dejar que el sol los incube. Antes de que esto suceda, muchos son devorados por aves y ratas; muy pocos de los que nacen sobreviven mucho tiempo. En cuanto la tortuga sale del cascarón,

busca el agua, pero en ella los cangrejos y varias clases de peces están en acecho para acabar con ellas.



Vista general del criadero de tortugas de Mr. Hattori, cerca de Tokio

en cierto número de estanques en que se las va colocando separadamente, según su edad y tamaño. Como se crían sin dificultad y no es necesario que pase mucho tiempo para que estén en condiciones de ir á parar á manos del cocinero, este negocio resulta bastante productivo.

De mayor importancia son los criaderos de tortugas grandes, llamadas voraces y mordedoras, que posee Mr. Hattori en los suburbios de Tokio, la capital de Japón. Los japoneses dicen con orgullo que son los únicos que en el mundo existen, pero ya hemos visto que eso no es rigurosamente cierto. Se fundaron hace ya algunos años é indudablemente han tenido un gran éxito. Por término medio Mr. Hattori proporciona más de 16.000 tortugas al año á los hoteles y restaurants del Japón, embarcando además otras 5.000 para China. Consiste el criadero en cierto número de estanques rectangulares, grandes y pequeños; los primeros tienen un área de 15 á 20.000 pies cuadrados.

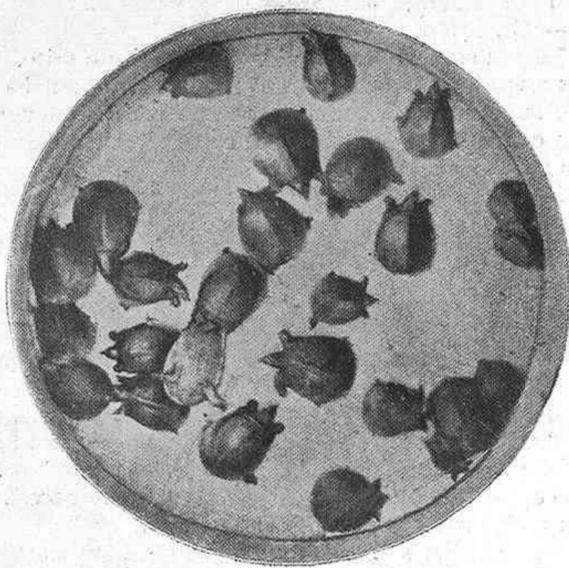
Uno ó varios estanques están siempre reservados á los padres, según les llaman á las tortugas escogidas entre las de mayor tamaño; un empleado los visita dos veces al día para ver si hay nuevas puestas de huevos; si las hay, las cubre con una especie de cesta de alambre, en la que se inscribe la fecha. El hacerlo así tiene dos objetos: señalar el sitio en que están, é impedir que otras hembras vengan á poner al mismo lugar.

Los pequeños tardan sesenta días en salir del cascarón. Este período, sin embargo, se acorta ó se

busca el agua, pero en ella los cangrejos y varias clases de peces están en acecho para acabar con ellas.



Preparación de la comida para las tortugas jóvenes



Grupo de tortugas recién nacidas

se le haya perseguido con tanto encarnizamiento, que hoy en día es muy escaso; tanto es así, que hace pocos años se podía conseguir una de esas tortugas de siete pulgadas de largo por unos cuantos centavos; ahora no se adquiere una de ese tamaño por un billete de cinco libras esterlinas; su escasez y la gran demanda que de ellas hacen hoteles y restaurantes han motivado que no pocos emprendedores industriales hayan establecido criaderos, de donde en gran número salen para el mercado.

Como el émido es una pequeña, completamente

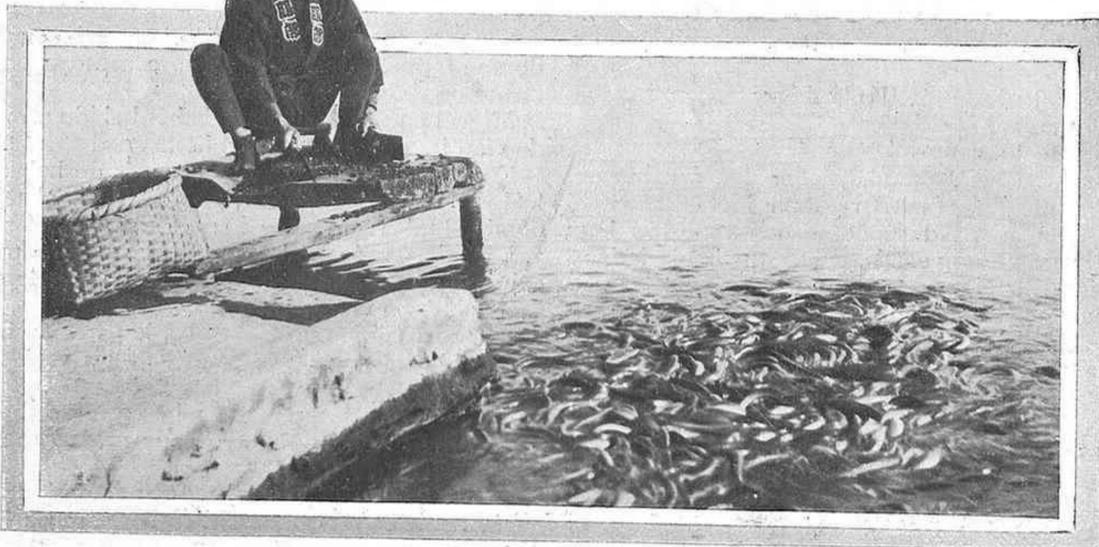
tortuga peinoferosa

Los pequeños tardan sesenta días en salir del cascarón. Este período, sin embargo, se acorta ó se

Las que nacen en los criaderos de que estamos hablando, son en seguida colocadas separadamente en uno ó varios estanques y se les da la carne muy picada de una especie de sardina; á las mayores se las alimenta principalmente con anguilas vivas. Esta alimentación se continúa hasta fines de septiembre; en octubre, la tortuga mordedora deja de comer, y por último, se entierra en el fondo fangoso del estanque para invernar, no saliendo de allí hasta abril ó mayo.

Este animal es de aviesos instintos, muerde cuanto halla á su alcance; de ahí le viene el nombre de mordedora. Está siempre dispuesto á combatir, y como tiene unas mandíbulas muy fuertes y, lo mismo que el bulldog, nunca sabe cuando soltar su presa, es un reptil con el que hay que andar con mucho cuidado. Los dependientes de Mr. Hattori refieren muchos casos curiosos de su voracidad; varios de ellos, al tratar de trasladar las grandes de un estanque á otro, han sufrido mordeduras y hasta pérdidas de dedos.

Los gastrónomos japoneses prefieren las tortugas que no pasen de cinco años; en esa época pesan de sesenta á ochenta libras. Las que están destinadas á la mesa se conservan en estanques aparte, de donde



Alimentación de las anguilas que han de servir de alimento á las tortugas mayores

las sacan cuando las necesitan por medio de redes ó cogiéndolas por el rabo; las colocan luego en cajas de lata con respiraderos y las remiten por ferrocarril á su destino.

La tortuga que se consume en Inglaterra es la verde de las Antillas, que importa Mr. Bellis, quien asegura que es la mejor de todas las comestibles. Trae unas 3.000 al año. Llegan por partidas de ciento ó más cada quince días por los vapores de la Mala Real, de Kingston, y las cogen en los arrecifes de coral situados al Norte de la isla de Jamaica. De doce á quince goletas pequeñas se emplean en esa industria, con más de ciento veinte tripulantes.

Los pescadores tienen, de roca á roca, redes de guita; en cuanto la tortuga se ve aprisionada en ellas, se agarra tenazmente á las mallas, y así la sacan fácilmente á la superficie del mar. Las goletas á su debido tiempo regresan á Kingston llevando de ochenta á ciento cincuenta cada una, las que en seguida quedan encerradas dentro de unas empalizadas donde penetra el mar con la marea. Allí se alimentan de cierta hierba llamada hierba de tortuga, y de allí se las saca cuando se quiere. Traer esos animales á través del Atlántico es misión delicada; con frecuencia perecen en el camino de cada cien sesenta, á pesar de tomarse toda clase de precauciones, tales como rociarlas diariamente con agua salada á bordo de los vapores y poner caloríferos en los vagones del ferrocarril de Southampton á Londres. Mr. Bellis ha llegado á perder hasta ochenta y ocho de un cargamento de cien.

Esa poca resistencia á las molestias del viaje es uno de los rasgos característicos de la tortuga. Si se la quiere transportar viva, se puede apostar ciento contra uno á que morirá de frío; pero si llega viva,

lo difícil entonces es matarla. Su vitalidad, después de decapitada, parece increíble. Mr. Bellis envió una vez á un hotel de Newcastle una muy grande, El cocinero le cortó la cabeza y colgó el cuerpo para que se desangrara; veinticuatro horas después, la

dos; el filo de las mandíbulas se los había cercenado por completo tan sólo con la contracción muscular de que aún era susceptible la cabeza. Entonces otro tripulante quiso cortarle la cola, también córnea; pero apenas el afilado acero la tocó por la parte de abajo, cuando se enroscó, sujetando el cuchillo con tanta fuerza, que transcurrió cerca de una hora antes de que pudieran sacar la hoja. El señor Redi, el gran zoólogo, refiere que una vez le cortó á una tortuga la cabeza y vivió sin ella veintitrés días, y que otra, á la que extrajo el cerebro, siguió viviendo durante seis meses.

La tortuga verde no es carnívora; se alimenta de una hierba marina que crece en los bancos de coral de las Antillas. Hace años, Mr. Bellis trajo gran cantidad de ella á Londres para alimentar sus prisioneros, pero éstos no quisieron tocarla.

La tortuga verde alcanza gran tamaño, pero se ha notado que las que

pasan de ciento cincuenta libras no son tan buenas al paladar, pues la carne se pone más correosa á medida que aumenta el animal en peso.

La concha de esta especie de tortugas no tiene valor; no así la del carei, cuyo caparazón puede valer hasta ocho libras esterlinas; pero su carne, en cambio, no sirve para la mesa.

Es un hecho sabido que la tortuga tarda mucho en crecer y llega á una edad muy avanzada; pero, cosa curiosa, ni Mr. Hattori ni Mr. Bellis pueden decir con certeza cuántos años vive una tortuga mordedora ó una verde.

El primero tiene gran número de tortugas que se sabe están entre los treinta á los cincuenta años de edad, y algunas de las que llegan á Londres se cree que tienen de doce á quince.



Un cargamento de tortugas desembarcado en Londres

tortuga tiró un hombre al suelo de un aletazo. La tortuga verde no es un animal peligroso de manejar como su hermana la mordedora del Japón, pero tiene unas aletas muy poderosas, que de un golpe rompen fácilmente el brazo de una persona.

Mr. Frank J. Bullen cita un caso notable de letanía que es la vitalidad de la tortuga. «En una ocasión—dice—nuestra tripulación arrancó la carne toda y las entrañas de una, dejando únicamente la cabeza y la cola pegadas á la concha. Algún tiempo había pasado desde que quedó limpio de carne el caparazón, y nadie creía que en dichas extremidades quedara soplo de vida. Un muchacho, viendo que la cabeza, que pendía hacia abajo, tenía la boca enteramente abierta, tuvo la ocurrencia de introducir dos dedos entre las córneas mandíbulas. Cerráronse éstas y nuestro compañero se quedó sin sus dos de-

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico, el único Inalterable.—Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.



VINO Y JARABE

DE **DUSART**

al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe á las nodrizas durante la lactancia, á los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anemia, colores pálidos de los jóvenes, y á las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

ROB

BOYVEAU - LAFFECTEUR

* Célebre **Depurativo Vegetal** cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.

EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, París.

Todas Farmacias.

DICCIONARIO

de las lenguas española y francesa

por NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA

Cuatro tomos encuadernados: 55 pesetas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, París.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.

Date de 1849 Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Póbe y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS B^e & C^{ie}, 16

AVISO Á
LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ia} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



Paris.—La Confederación General del Trabajo reunida en la Bolsa del Trabajo tratando de la huelga para el 1.º de mayo (De fotografía de M. Branger.)

La Confederación General del Trabajo es una verdadera potencia en París; á que lo sea ha contribuido la buena organización que han sabido darle sus directores, pero también ha contribuido, y no poco, á ello la pasividad y á veces hasta la complacencia con que el gobierno francés presencia los manejos revolucionarios de los Niel, Pataud, Bousquet y otros agitadores á quienes obedece ciegamente una gran masa de obreros.

Los mencionados ciudadanos son los árbitros de la vida activa de Francia, sobre todo de París, y unas veces dejan á obscuras la capital, otras suspenden el servicio de correos y telégrafos, ocasionando á la nación pérdidas que pueden cali-

cularse en centenares de millones, y en algunos casos promueven actos de violencia que llevan el problema social á un terreno en el que difícilmente ha de encontrar una solución favorable.

Recientemente la Confederación, reunida en la Bolsa del Trabajo de París, ha votado la huelga general en toda Francia para el 1.º de mayo. Es de suponer que muchos serán, como siempre, los que no obedecerán esta orden; pero de todos modos, las numerosas fuerzas con que tal entidad cuenta abandonarán aquel día sus faenas y ello determinará una paralización grande de la actividad en muchos de sus órdenes.

En todas las Farmacias del Globo.

LE FUMOUZE - PARIS

Primera Dentición

JARABE DELABARRE

Facilita la salida de los dientes y previene todos los Accidentes de la Dentición.

Exíjanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagran, París, que envía gratis su curioso librito.

REMEDIO DE ABISINIA

EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.

MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.

Las Personas que conocen las

PILDORAS

DEL DOCTOR

DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma **WLINSI**.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.